

# BULTOS QUE SE MENEAN

Omar Adi

*Guía de fantasmas de mi pueblo*



1ª edición, 2022

© Los Libros de San Juan / Omar Adi

Impreso en el Uruguay

ISBN: 978-9915-41-241-2



# BULTOS QUE SE MENEAN

Omar Adi

*Guía de fantasmas de mi pueblo*





*Y entonces los siete nos levantamos llenos de horror y permanecemos de pie temblando, estremecidos, pálidos; porque el tono de la voz de la sombra no era el tono de un solo ser, sino el de una multitud de seres, y variando en sus cadencias de una sílaba a la otra, penetraba oscuramente en nuestros oídos con los acentos familiares y harto recordados de mil y mil amigos muertos.*

EDGARD ALLAN POE

*Nosotros, los vivos, estamos habitados por los rumores de nuestros fantasmas.*

PHILIPPE CLAUDEL

*Es probable que un viajero se lleve con más entusiasmo en la maleta un relato de aparecidos antes que las vicisitudes de una kermesse.*

ALFREDO VALDEZ

*La cosa más bella que podemos experimentar es lo misterioso. Es la fuente de toda verdad y ciencia. Aquel para quien esa emoción es ajena, aquel que ya no puede maravillarse y extasiarse ante el miedo, vale tanto como un muerto: sus ojos están cerrados.*

ALBERT EINSTEIN



*Vengo de una invisible ciudad  
con un infinito río tornasolado  
donde la niebla a veces  
no deja ver si el cielo es azul.*

*Por sus calles empedradas  
se oye el galope  
de los vientos pamperos  
y por las noches cuaja la luna llena y rosada.*

*Niñas en blanca comunión  
abuelas de rosarios y catecismos  
lloran en el aire sin compasión  
y hay perros que ladran dormidos.*

*Ciudad de plaza con retretas  
orquestas de muertos gentiles  
iglesia de doce campanadas  
y la escarcha en sus jardines.*

*Troyanos en camisetas  
duermen con los ojos abiertos  
el frío escarlata calle abajo  
y fantasmas que tiritan desolados.*

*Un ferroso tren olvidado  
en la estación de largas esperas  
sueña a Gardel en el hotel  
y escucha las chicharras del parque.*

*Vengo de una invisible ciudad  
con un infinito río tornasolado  
donde la niebla  
no deja ver que el cielo es azul.*

*DANIEL DA ROSA  
PRESENCIA INVITADA*





## LEVANTANDO LA SÁBANA.

Hay almas en pena y hay almas que dan pena, queridos lectores.

Y por acá hay mucha almita en oferta y pocas almas grandes, aunque éstas nunca estén en pena.

Y también hay desalmados, que es peor.

En estas crónicas intentaremos escuchar esos rumores que se mueven en el aire sin importarnos demasiado si pertenecen a un prócer o a un amigo, que estamos ayunos de próceres en la barra.

Pascal Quignard, seguramente temblando, decía que el espanto es el signo del fantasma. Pero en verdad los que andan en la vuelta por este pueblo no asustan a nadie.

Son como el pobre fantasma de Canterville a quien no tomaban en serio aunque fueran hombres buenos si hay alguien bueno en este lugar.

Hay muchos gasparines jodones, algunos triviales, que hacen que el café con leche se revuelva solo, con su energía menor. Si focalizamos el objeto fantasma con cierto rigor, debemos estar de acuerdo en que su poseedor debe estar muerto porque de no ser así, estaría de vivo.

Y han existido asusta viejas al cabo de los años, cuya única herramienta era una sábana y un buuu emitido con un salto en la penumbra.

Por definición, el fantasma es difuso. Si se le ve bigote, moco en la nariz o carencia de un incisivo, puede ser Tito, el vecino, pero nunca fantasma.

Veamos el fantasma como sujeto y objeto.

En estos pagos, la característica distintiva es la sábana.

Nada de resplandor, sombra, plasma, cadenas que se arrastran, gaitas en la noche del castillo sombrío. Si no hay sábana, aquí no hay fantasma.

La sábana del fantasma de pueblo tiende a desmejorar con el

paso de los años. Fantasma trajinador se conoce por su sábana gris, raída y sucia. En su arrastre, lleva puchos, tierra, escupidas de mate, hojas secas, algún condón.

Esos son los fantasmas viejos y pobres que más que asustar dan pena.

Después están las sábanas estampadas, venidas del Chuy en tiempos pretéritos, pero se trata de espectros poco serios.

Con respecto a lo que hay adentro de la sábana, existen diversas opiniones. Algunos dicen que no hay nada y otros replican que si no hay nada debemos dejarnos de joder con este tipo de conversaciones.

Pero en verdad hay fantasmas de diversas complexiones: altos, gordos, flacos. El que menos asusta es el fantasma enano siempre que uno se percate de que no es fantasma de niño, que ése sí pone los pelos de punta.

Hay otra variedad de apariciones invernales que viene con acolchado. No son creíbles.

Está también el fantasma que se asusta a sí mismo. Vive gritando y ya casi nadie le cree.

Fantasma que emite gases es inefectivo porque se delata: la sábana se infla en la zona del trasero y los niños se ríen y las ancianas se burlan.

Otro fantasma risible es el fantasma en moto, de sábana al vuelo sin presencia alguna debajo. Si lleva casco, pueden aplaudirlo los paseantes.

No es fácil ser fantasma y gozar del respeto de la comunidad. Y en nuestro pueblo, a poco de observar con atención, se adivina casi siempre en algún lugar de la sábana el logo de la Colonia Etchepare.

Entonces, muchos escépticos dicen que fantasma puede ser, pero loco fantasma es demasiado. Porque el fantasma suele ser regular en sus apariciones en cuanto a lugar, hora y circunstancias y lo que tiene el loco es la imprevisibilidad.

Se sabe también de quienes no califican para fantasmas y habitan en algún limbo de olvido.

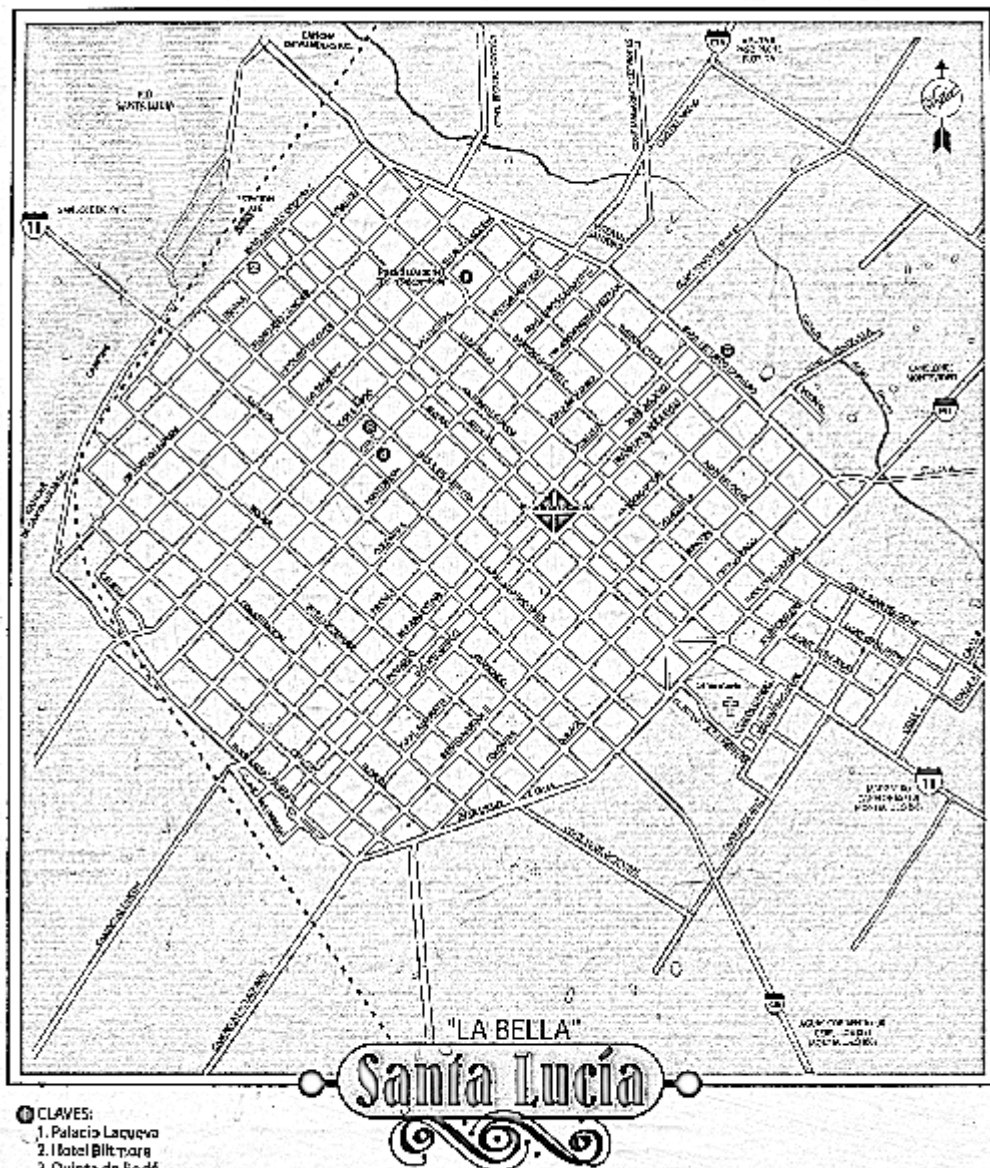
Lo que eriza la piel es cuando se te acercan todos juntos lentamente, te van rodeando y emiten un sonido quedo, susurrante y luego un primer grito apagado y otro y al rato un repentino alarido que luego, rodeándote, son dos, tres, cien y así.

Henry James decía: *si no puedes creer en ellos, no los molestes.*

Me estoy sintiendo rodeado.

Algo estoy haciendo mal.

En este mapa de la ciudad, que obedece a la pluma de Rodolfo Fuentes (siempre fue un tipo de alto vuelo este Fuentes), deberían señalarse con la mejor precisión posible los sitios en los cuales los que te dije se te aparecen aunque no puedas verlos. Pero no se señalan nada porque nos dimos cuenta que ocupan todos los espacios.



**CLAVES:**

1. Palacio Laqueva
2. Hotel Biltmore
3. Quinta de Rodó
4. Quinta de Zeballa
5. Quinta Capurro



## NECESARIA PRECISIÓN.

Recuerdo con deslumbrante claridad cuatro bultos que se meneaban, es decir ocho partes turgentes que hacían que uno enlenteciera el paso para ir detrás de aquellas diosas de mi pueblo, hoy octogenarias dignas de aplauso o fantasmas bamboleantes que tienen todo el derecho de aterrorizarme mostrándome amarillentas nalgas cadavéricas.

Este libro habla de los vapores que habitan las sábanas, no de lo que en aquellos tiempos soñábamos con tener bajo ellas. Espero que quede claro.





## Los fantasmas malolientes.

---

Seamos sinceros. Algunas apariciones de nuestro Santa Lucía son y serán impresentables.

Como no merecen ocupar espacio alguno en este mapeo fantasmal, simplemente dejamos constancia de su existencia para que ningún forastero suponga que en este pueblo sólo han vivido figuras de determinada talla moral, gente que ha hecho culto de la humildad y la fraternidad u ocurrentes personajes que nunca hicieron daño.

Ha habido trozadores de cadáveres y trozadores de conciencias, pobre gente no consciente de su democrática finitud.

Hay también fantasmas de sábana corta que presentan el inconveniente de que cuando la luz les da de costado, se le adivinan las patas.

Y fantasma con patas será lo que ustedes quieran, pero nunca fantasma.

Por eso a veces Santa Lucía es desconcertante.



## **San Juan, muéstreme la cédula.**

---

Antes de llamarse Santa Lucía, nuestro pueblo se llamó San Juan Bautista.

San Juan el Bautista es también el profeta Yahya en el Corán (así quedamos bien parados en una eventual guerra santa) y fue un predicador judío nacido a finales del siglo I AC y coetáneo de Jesús de Nazaret, a quien todo hace suponer que bautizó.

Porque San Juan te bautizaba todo lo que se movía.

Si hubiera pedido un vino en el bar de alguien que ya es fantasma, no hubiera tenido necesidad.



## **Santa Lucía. OJOS AL PLATO.**

---

El segundo nombre de nuestro pueblo es el que actualmente luce en todos los indicadores.

Los indígenas llamaban a nuestro río Araicuay y los españoles, siempre tan respetuosos de lo nativo, lo denominaron Santa Lucía. Y de allí al pueblo, un paso. O una brazada.

No es claro si Santa Lucía tiene los ojos vacíos o si los conservó. Resulta interesante adentrarse en esas épocas oscuras de persecución de los cristianos para mirar con ojo crítico el pasado.

Que se los sacaron, que se los sacó ella, que se los devolvieron.

Sea como sea, nuestra santa tiene una mirada perturbadora hacia nosotros.

Es patrona de los ciegos, los pobres, los niños enfermos y además de los campesinos, electricistas, modistas, choferes, fotógrafos, afiladores, cortadores, cristaleros, sastres, fontaneros y escritores.

No sé cómo le queda tiempo para ser ciudad.



# Álvaro Armando Vasseur. EL BOSTEZO TRIVIAL.

---

“El Francesito” camina por la calle Rivera hacia la Estación cuando la lluvia hace sombreritos.

*Soledad de incomprensidos  
soledad de los caídos  
fiel y amarga soledad.*

Tradujo a Whitman, dicen que directamente del italiano.

*Desde el balcón de mi alcoba  
yoguizando, contemplaba.*

Fue sindicalista de raíz marxista. Lanzó el Manifiesto de constitución del Partido Socialista en 1901.

*Este vivir de ensueños en ensueños,  
estos desdoblamientos enigmáticos!.*

Fue el primero que practicó el decadentismo. Cuando llueve, mira serio los sombreritos y empieza a hablar.

*Así pensaba mirando el agua fluvial correr  
todos los niños jugar, el cielo azul sonreír,  
el sacerdote leer, y el aire a ratos menear  
los follajes del jardín.*

En las tardecitas de domingo los iniciados pueden oírlo discutir, de espaldas a la iglesia sin encontrarle una explicación racional a los desdoblamientos de su espíritu.

*Ser de luz y estar a oscuras, se le oye decir con voz queda.*

Si aguzan el oído, podrán escuchar su duro intercambio con Roberto de las Carreras. Pero eso ocurre cuando hay tormenta y a la altura de Rivera y Legnani.

*ALVARO ARMANDO: Usted padece de neurosis mental. Su sensibilidad es exagerada como la de un andrógino de decadencia. Comparte usted con Gómez Carrillo la vanidad cósmica y la maledicencia femenil.*

ROBERTO (indignadísimo y alentado por la sombra manipuladora de Julio Herrera y Reissig, ubicada detrás): *Es usted producto de la inercia matrimonial en cuya fisonomía “hé-bété” está inscrito el bostezo trivial con que fue engendrado.*

Es entonces cuando Alvaro Armando calla y sigue su camino hacia la Estación, abrazado a su fiel y amarga soledad, mirada baja hacia los sombreritos de la lluvia.

Cuando esa lluvia cesa y el cielo azul sonríe y los niños juegan y el aire menea los follajes del jardín, hay que prestar atención.

Es cada viernes a las cuatro de la tarde, siempre luego de un chubasco, que por Rivera a la altura de Legnani, va un vaporoso Vasseur caminando lenta y amargamente hacia la Estación, uno de sus lugares de partida para llegar a sí mismo.

No como tantos de nosotros, que partimos y partimos y nunca llegamos a ninguna parte.



**Raúl Armando  
Cabrera Alemán.  
O mejor, Cabrerita.  
O mejor aún, Javiel.  
LAS NIÑAS DEL  
ELECTROSHOCK.**

---

Es imprescindible pararse en Rivera y Amsterdam y mirar hacia Virrey Vertiz.

En las tardecitas sobre todo de otoño se adivina no una presencia bajo una sábana sino un aura de colores sobre una presencia, que no es lo mismo.

Habla poco y si lo hace te llena de una bondad que no toma en cuenta desamparos e injusticias y entonces es inevitable sentirte culpable.

Se trata de afinar oído y corazón para ver a Esther.

O tal vez, si es uno maledicente, para escuchar a José Parrilla, su mentor y protector que más allá de su “Esterismo” (en doscientos versos repitió setecientas veces el nombre de Ester con hache o sin ella), dijo una vez lo que para este escritor lo eleva al aplauso: “me gustan las mujeres hasta que llegan a la edad en que les empieza a crecer la señora”.

María Esther Gilio sentenciaba: “En definitiva, la pintura de Cabrera es el mundo de la poesía de Parrilla, traducido en línea y color”.

A Cabrerita se le detuvo la memoria en su niña rubia, tal vez la misma Esther, antes de la señora.

Pero esa niña no fue la misma luego de cincuenta años de enfermedad y tratamiento (hoy se diría de electro convulso terapia).

Ella fue otra y él fue otro. Esquizoide sí, pero encallecido, llevándose el pelo hacia adelante constantemente, contestando monosilábicamente, manso hasta la exasperación, tal vez por la pipotiazina.

Cuando Javiel sobrevuela la Colonia Etchepare (lo hace poco pero lo hace) su Esther ya no es la que era (plácida, serena): es debilucha, ausente, alterada, como si fuera Susana o Carmen o lo que quieran tal vez con la inyección de 100ml de Piportil al mes.

En cambio al aletear por Amsterdam entre Rivera y Virrey Vertiz, donde vivió con la familia Luchinetti que lo rescató de la miseria de la Colonia, su aura brilla de otra manera.

Pero siempre fue un tipo inusual incluso antes de los electros-hocks.

Los cronistas dicen: “Corre 1946 e Idea Vilariño observa a ese pequeño ser indefenso sentado a una mesa del Sorocabana. La conmueve lo insólito de su figura y la convicción de la bondad de sus acuarelas”:

*“Creí que era un mendigo. Con su gesto de pedir disculpas, su actitud humilde, sus ropitas; su frágil humanidad, su delgadez extrema, sus mínimas muñecas, sus manos transparentes, sus ojos sin color, su apenas voz. Lo saludaron afectuosamente y nadie se ocupó más de él... quedó leyendo infinitamente en una revista de Anda los anuncios, los avisos a los socios. Andaba a menudo entre la rica fauna intelectual y artística de*

*la Plaza Libertad trocando una acuarela por un café con leche. En 1954 se interna en el Vilardebó, no por indicación psiquiátrica sino porque la familia que lo alberga pasa serias dificultades... y de allí a la Colonia... 30 años de asilo”.*

Se ha dicho que Cabrerita era “distinto hasta para el entorno poco prejuicioso y a menudo solidario que lo rodeaba. Carecía de alojamiento y de trabajo, vestía como un mendigo, era desaseado, y arisco pese a su timidez, no tenía el menor sentido del dinero, vivía a café con leche que pagaba con algún peso que le daban sus amigos en acto de generosidad y cuando vendía algunas de sus obras”.

La Bienal de San Pablo, el afiche del teatro Essaion de París (Parrilla lo había llevado a la ciudad luz y él, apagado), el juicio de Torres García (“tiene algo del cuatrocento”) el de Espínola Gomez (“es el mejor acuarelista que registra la historia plástica uruguaya”), sus obras mirádonos fijamente en el Blanes y en el Museo de Artes Plásticas.

Nada de eso consiguió sacarlo de su mutismo, de su gesto de peinarse hacia adelante con la mano, de su mundo personalísimo en el cual sólo Esther lo miraba con ternura.

Cabrerita, es decir “Javiel”, en las noches de otoño cuando son cálidas, recibe una y otra y otra vez, la mirada interrogante de la inmortal niña de sus últimas pinturas. Y entonces Javiel sonríe, todo fortaleza y cordura. Algunas niñas, casi adolescentes, despiertan en esas noches algo pegajosas y sienten que alguien les pinta un aura de colores. Las mejores, la llevarán toda la vida.

El observador experimentado descubrirá que esa niña (Esther, porque es siempre la misma) llora bajito para que Javiel no se entere.



## **Toribio. UNA TETERA Y SEIS TAZAS.**

---

Compartamos lo que Pedro Leandro Ipuche escribía allá por 1939.

*“Toribio es el Santón y el cronista de Santa Lucía.*

*Su centro estratégico es la parroquia.*

*Desde allí se mueve y reparte las noticias.*

*Premio al mérito es ésto.*

*Oye misa con los mismos gallos.*

*Pillín como es, lleva consigo, invariablemente, un juego de té para rifar.*

*Esa rifa picaresca, según los malintencionados, es el caso repetido del mismo milagro: el negro saca siempre el juego de marras con el número bendito que se anota, y cada mes lo porta a la rifa callejera en el envase virgen de su caja de lujo.*

*Ya todos están en el sainete. Y ayudan, con buen humor lugareño, al retinto curtido y suave como yuyo sufrido.*

*No hay casamiento, no hay bautismo ni velorio que el negro Toribio no sepa.*

*Es más: da informes de todos los enfermos, de los forasteros, de los preparativos para cualquier acontecimiento; de los noviazgos que se inician y de los párvulos que nacen.*

*¡Ah negro macanudo!*

*Sin Toribio, Santa Lucía carecería del más fuerte y leal color humano... y de su boletín”.*

En las noches de tormenta, si uno mira hacia arriba puede adivinar la línea de su sonrisa. Y si se aguza el oído, adivinará su cascada voz repitiendo el viejo verso de cierto autor, tan viejo como el verso:

*Camino del cementerio  
de luto eterno Toribio,  
negro en voz y negro en cuerpo,  
un día le dió un abrazo  
a lo que estaba diciendo,  
y se murió despacito,  
amigo del sueño eterno.  
La Muerte soltó su pelo,  
acarició el negro cuerpo  
y se lo llevó a su cama  
enamorada, sonriendo.  
Y ahora Toribio es un trueno  
cuando hay tormenta en el cielo  
que se pregona a sí mismo:  
“Murió Toribio, vecinos,  
murió el negro pregonero,  
murió el vocero del pueblo”.  
Y este negro en noche negra  
hoy vocea sin resuello  
no lutos y no sepelios  
sino boda, himeneo,  
el oscuro casamiento  
entre Toribio y la muerte,  
entre la voz y el silencio.  
Y en vez de llorar, vecinos,  
rían, canten, formen rondas,  
que Toribio grita fuerte  
su conquista por el cielo.*

## **Emilio Cortinas. VITO NERVIO.**

---

Walter Pérez, Olímpico en todos los sentidos corriendo hoy en otras pistas detrás del mismo ideal, nos habló de él. Alfredo Valdez (cuándo no) buscó en Internet. Haraganes, hoy nosotros simplemente copiamos y pegamos.

*Quienes se han encargado de rescatar su memoria afirman que el Uruguay no ha tenido un dibujante, historietista e ilustrador de sus condiciones. Su estilo, (él sintió la influencia de Burne Hogart, Tarzán) que abundaba en características propias no ha sido proseguido hasta el presente.*

*Se traslada a Montevideo a los 20 años en busca de su vocación: el dibujo. Sin embargo sus primeros éxitos los alcanza en Buenos Aires entre los años '39 y '45. En el diario "Noticias Gráficas" publica una tira diaria (Chili el ingenioso), luego en la revista "Figuritas" y en la revista de historietas "Bicho Feo", mientras en 1945 aparece la inolvidable "Patoruzito" que lo cuenta entre sus fundadores. Aquí nace su célebre historieta "Vito Nervio".*

*A su regreso a Montevideo junto a Willman Goñi (que tuvo su residencia de descanso en esta bendita ciudad) y Wálter Pérez funda la agencia de publicidad "Publicidad Oriental". Siguiendo con esta vocación crea la "Escuela de Artes Comerciales" que tiene como profesores entre otros a Julio E. Suárez "Peloduro", Nardini, Harry Klein. De allí surgieron dibujantes como "Sabat". La historieta "Homero" se considera su obra más acabada y representativa.*

Su nombre: Emilio Cortinas.

Su lugar de nacimiento: Villa Rodríguez, allí a la vuelta

Nació en 1916. Murió en 1955.

Se dice que solía aparecer en Colombres 70 y en la librería de Elsa Cendali una o dos veces al año. Los incrédulos pensaban que los crayones de colores se movían por la humedad.



# **Clemente Estable. LOS IMPOSIBLES NO EXISTEN.**

---

Nuestro fantasma sustituye la sábana por la túnica blanca. Aparece detrás de los repollos del supermercado nuevo de la plaza, donde antes estaba el liceo. Es que donde hoy están los repollos estaba el laboratorio.

Este hombre brilló a través de su cuerpo, como diría Coleridge, pero en este caso su brillo viene del alma.

Se llamó Clemente Estable y sobre todo los domingos de noche, cuando el supermercado está por bajar sus cortinas, podés oírlo susurrar su “LOS IMPOSIBLES NO EXISTEN” y te aseguro que luego de que vuelvan a la normalidad los pelos de tu nuca, vas a darte cuenta que tiene razón.

Hijo de nuestro pueblo cuando aún era San Juan Batista, don Clemente fue un heterodoxo en la ciencia y la pedagogía, sembrador de la biología en nuestro país.

Si el querido lector busca por ahí, va a descubrir la valía de este coterráneo con sus ideas de la educación basada en proyectos, la formación interdisciplinaria, la incubación y el respeto de la vocación de cada alumno, el valor de la investigación y de la curiosidad como elemento central del proceso educativo. Quería alumnos libres, curiosos, originales, creativos.

Aprender a aprender decía entonces para escarnio de quienes creen saberlo todo. Y él aprendió en Francia, Alemania,

Austria, Mónaco, Italia y en España trabajó con el Premio Nobel Santiago Ramón y Cajal. Sus ideas acerca de las propiedades funcionales de los contactos inter-neuronales o sinapsis, son hoy plenamente vigentes y la purificación y caracterización de las fasciculinas a partir de venenos de serpientes le ha dado a Uruguay destaque mundial.

Tal vez don Clemente haya sido el mejor hijo de estas tierras.

Dice su biografía que, “coherente con su prédica, dedicó su vida a la investigación y a la docencia. Sus últimos años fueron ejemplo de austeridad y abnegación al trabajo”.

Santa Lucía nomá!

Si el viento viene del río, puede escucharse muy bajito a su padre, Giuseppe Stabile que con el acento de Salerno lo llama cada noche:

- Lascia quelle provette e vieni a mangiare, bambino!

Y Clementito devora la pasta e cavolo\* al forno que había preparado Giuseppa, su madre.

Quienes tienen fino olfato pueden oler muy de vez en cuando el exquisito aroma del plato que Giuseppe, Giuseppa y Clemente compartían regado con la humildad que sólo la buena gente practica.

---

\* Repollo, col.

# **Giovanni Mastai-Ferreti. Pío IX. SE LE EMPANTANO EL BIRLOCHO AL PAPA.**

---

Si bien una cosa es el Papa Gómez y otra el Papa Pío IX, los dos tienen algo en común: han respirado el mismo aire de glaucinas.

Giovanni María Giambattista Pietro Pellegrino Isidoro Mastai-Ferreti Sollazzi (respiro y sigo), era un joven sacerdote que venía en calidad de auditor a América del Sur.

El 1 de enero de 1824 llegaba a Montevideo el bergantín francés Heloisa y en él iba Giovanni, que partió hacia Chile integrando la delegación del Vaticano para reconocer la independencia del país hermano. De regreso llegó hecho paté a nuestras costas en enero de 1824 y vivió sucesos dignos de novelarse.

Uno de ellos fue la noche en la cual las vinchucas lo tuvieron a los saltos y entonces debió dormir a la intemperie.

Otro fue la noche del show.

Fue difícil su pasaje por el arroyo Quita Calzones, que así se llamaba por su efecto en las prendas de quienes lo vadeaban, porque se le empantanó el carruaje. Nuestro futuro Papa escribió en su diario esta peripecia de torrente salvaje.

Copiamos a Isidoro de María.

Con retraso llegaron a la quinta, donde el percance ocurrido en Quita Calzones fue el tema obligado de la conversación y de la broma, no faltando alguno que dijera: “Vaya, sin ese incidente, no habría conocido el canónigo las chanzas del Quita Calzones”.

Varias personas de distinción y parte del clero habían sido invitadas para la fiesta; y para amenizarla fueron convidados también algunos artistas líricos. Mesa espléndida. Banquete en regla. El Nuncio tomó asiento a la cabecera, y el canónigo Mastai Ferreti fue colocado entre una prima donna italiana y una bailarina francesa, que juntamente con un tenor milanés, hacían parte de los convidados.

“La cantatriz y la bailarina (y esto va por cuenta y riesgo del Padre Sallusti, cronista de la fiesta, según el general Mitre) unían a su brío y vivacidad natural, una belleza afectada, con traje elegante y un fantástico tocado dispuesto con caprichosa maestría”.

“A los postres se cantaron las más bellas composiciones de Rossini, terminando con el di tanti palpiti, di tanti pene, ejecutado por la prima donna y el tenor, que fueron muy aplaudidos, incluso por un fraile español que hacía de bajo”.

“Los viajeros creyeron ver en esta fiesta una escena premeditada para comprometer su carácter sacerdotal; pero hombre social y de carácter ameno, el canónigo Mastai Ferreti, no lo tomó a mal”.

Al regreso a la ciudad, antes que se cerrasen a la caída del sol los portones de la vieja San Felipe, decíanle en tono de broma al canónigo, los que tenían confianza con él, “cuidado con el Quita Calzones; con la segunda edición de esta mañana”.

Ante tanta emoción, alguien (algún agente turístico, que nunca faltaron) le recomendó descansar en el Baden-Baden uruguayo, es decir en nuestra Santa Lucía.

Según los datos de don Pepe Monzeglio, lo hizo en una casa del hoy Bulevar José Batlle y Ordóñez entre Ituzaingó y Rocha, lo que equivale a decir que el hombre estuvo más cerca de Santa Lucía que de Wanderers.

En aquel verano de 1824, nuestra ciudad vio pasear por sus calles a un curita pálido y supongo frágil que veintiún años más tarde sería Pío IX, ese sí ya robusto y rozagante, conocido como Pío Nono.

Sus avatares como Papa son memorables. Fue un liberal que defendía las repúblicas constitucionales hasta que... pum!



# Garibaldi pum!

---

En 1848 las tropas comandadas por Garibaldi y Mazzini ocupan el Vaticano y nuestro Papa huye disfrazado de, a saber: sacerdote con anteojos oscuros, lacayo de coche de caballos o –mire usted– mujer. Estas apariencias en la huida eran elucubradas, escoba en mano, por las vecinas, que no serán fidedignas pero son divertidas.

El torrente del Quitacalzones salpica el recuerdo con gotitas que contienen efluvios de la prima donna y de la bailarina francesa que le habían sentado a su lado en aquel exótico país sudamericano.

En el plano de nuestra benemérita Santa Lucía resulta fácil de ubicar sus apariciones: se da cuando la brisa viene del lado de la iglesia y en la eucaristía el cura cae en la cuenta que en el cáliz alguien le puso naranja fanta.

Giovanni es fantasma de manto pluvial, llueva o no llueva. Viene porque recuerda con cariño sus andanzas de canónigo. Y contra los maledicentes, lleva calzones, aunque Garibaldi lo mire con sonrisa burlona.

Desafíen, pecadores, a las ciudades vecinas. Y pregunten si alguna ha tenido un sucesor de San Pedro caminando por ahí y apareciendo sin aviso. Qué van a tener...

*Si usted espera algún comentario crítico sobre el fantasma de turno, permítame decepcionarlo.*

*En este caso, para no despertar la ira divina, no diremos ni pío mientras nos papamos una porción del pío nono que hace mi tía Hortensia, que no cree en dioses pero cocina como ellos.*





## Una troupe ululante.

---

No es sencillo soportar el peso de sus voces ni adivinar a quién pertenecen.

A mí me los identificó nuestro amigo de infancia Pedro Calviño, que solía escuchar con el ojo nocturno de Horus.

Son los que dejaron su huella en estas tierras.

Voces graves y agudas, acatarradas y cantarinas, susurran, conversan y gritan presas de emociones desconocidas.

Calviño me dijo que la última vez que gritaron en bandada fue el 19 de diciembre pasado y que pudo identificar a unos desertores milicianos paraguayos, al Capitán de Milicias Antonio Camejo, a otro Camejo, Juan, a Bartolomé Mitre, al Capitán de Dragones de Almanza Eusebio Vidal, a Francisco Zurdo, al Virrey Juan José Vertiz, a Simón del Pino, a los inmigrantes asturianos que no quisieron ir a la Patagonia, a Máximo Tajés y con el agujero en su mejilla, al Presidente Máximo Santos, que gobernó desde el Hotel.

Decía Pedrito que el grito de Máximo Santos que salió del actual hotel Biltmore los hizo callar a todos.



## Mirá p'arriba, José María.

---

Tiene que haber mascado naco y escupir para el costado. Tiene que haber tomado caña de la buena. Tiene que haber mirado a don José Luis Zorrilla a los ojos y haberle dicho:

- Qué qué?

Nuestro coterráneo José María Gutiérrez era “guarda tren” en la compañía de tranvías eléctricos “La Comercial”. Una tarde un pasajero de porte señorial se le acerca y le dice:

- Sepa usted disculparme, caballero, pero ¿usted se atrevería a ser modelo de una escultura?

Era José Luis Zorrilla de San Martín, hijo del escritor autor de nuestro poemario escolar “Tabaré” y (mirando el pasado desde el hoy) padre de nuestra entrañable China Zorrilla.

El “qué qué” de nuestro Gutiérrez fue el inicio de largas jornadas posando para el maestro para pasar a la historia como símbolo de nuestra tradición en la estatua El Gaucho de 18 y Constituyente, que ya ni miramos por ser parte del paisaje urbano.

No sabemos si Gutiérrez se vio a sí mismo lanza en mano, mirando hacia el cielo con gesto bravío. Y tampoco sabemos si le importó mucho.

Lo más seguro es que no. Nos gusta creer que aquel hombre huraño de mirada adusta venía a su pueblo en sus vacaciones a zambullirse en las aguas del río y a comer un asadito con su

gente querida pero, eso sí, sin concederle ningún gesto de cortesía a quien no fuera de su círculo cercano.

Ese fin de semana Gutiérrez está en el boliche del barrio rodeado de sus afectos.

Piso de tierra, mesas tambaleantes, un olor mezclado de creolina y caña y un grito destemplado desde la mesa de truco.

Del cielo cayo una estrella  
y en el suelo rebotó  
flor y truco viejo e' mierda,  
la puta que te parió!

Esas dulces rimas flotan en el aire mientras entra al boliche un forastero de aire montevideano.

José María Gutiérrez, despojado de su uniforme tranviario y de su condición de funcionario, se está quitando de encima toda la prisa inmotivada, el envaramiento y las obligaciones de la capital ensimismado en un truco de mi flor.

El forastero mira a su alrededor, se acerca a la mesa donde se juega y pregunta:

- ¿Alguien me da fuego, por favor?

Entonces nuestro modelo de estatua, alpargatas y pucho prendido en la comisura, lo mira serio, impenetrable, y le dice:

- No fumo.

Le faltaba la lanza. Pero era como si tuviera.

## Rivera, pareja y angostita.

---

*Una calle puede recordar sus fantasmas sin que a nadie le llame la atención.*

Juan Carlos Carámbula, allá por los 50, en su libro Poemas del Solar, me tuvo como protagonista.

*Pareja y angosta como un cinturón,  
Con sus quince cuerdas de prolongación,  
Es la arteria madre de la población,  
Nace en cementerio y muere en la estación.*

La verdad que eso del cinturón nunca me gustó mucho y lo del cementerio despojado de artículo para que cupiera (como si el ataúd le quedara chico) tampoco.

Pero yo era la protagonista y después de todo, soy mujer. Me sentí halagada, coterráneos.

Aunque en verdad, una que es veterana de tantas lides, sabe que un poema en verdad sólo es una caricia que ayuda a ser caminada sin quejarse.

Porque mire que me han caminado.

Caballos sueltos de los indios, los propios indios, carretas de los milicianos paraguayos, los propios milicianos paraguayos y carruajes cuando todo era casaquintas, sombreros y bastón y los primeros autos tan ruidosos como los indios. Hasta José Artigas (si no fuera calle me paraba para nombrarlo) pasó por mi lomo.

Y me caminaron y me caminan, además, animales de todo tipo, con perdón.

Fui Calle Real, una de las doce que debían dar a la plaza según las directivas de Virrey Vertiz al Capitán de Dragones de Almanza Eusebio Vidal. Tengo mis años y tengo mi historia con adoquines y plátanos e inundaciones.

Fui calle principal de la Villa San Juan Bautista que luego, vaya a saber por qué tipo de mirada, cambiaron a Santa Lucía.

Tuve mis tripas al aire durante demasiados años hasta que me enquistaron el saneamiento y luego, durante también demasiados años, se me notaron las costuras. Eran las venas abiertas de la calle Rivera, pero nadie escribió sobre mis interiores.

Sentí pasar a gente muy querida, a ricos y a pobres abrazados cuando la escuela pública hacía abrazarnos y vi pasar gente pobre, que siempre me gustó, y también pobre gente que no es lo mismo y que nunca me gustó.

Y vi a tantos y tantos nacer y crecer y tal vez volver a nacer, quién te dice.

Y me caminaron pasos lentos por añosos, reflexivos o alcohólicos y también rápidos, en carrera, porque se te iba algo o porque te agarraba alguien. Y hubo caídas y encuentros y desencuentros y asombros y descubrimientos y hondas decepciones y salvadoras alegrías.

Y desfiles de carnaval con la humildad del Rey de las Cabriolas en camiones decorados con palmeras. Y cortejos fúnebres con aquella carroza negra llena de arabescos de la Viuda Gallo y caravanas eufóricas gritando a viva voz Uruguay, Peñarol, Nacional, Wanderers, El Santa, Alas Rojas, Grupo Gente nomá. Y corran perros.

Me acuerdo de ustedes gritando, gurises y campeones de todo sin haber jugado nunca a nada.

El cinturón parejo y angosto que soy, según Carámbula (ya me estoy calentando con ese tipo) divide plaza con pueblo a un lado e iglesia con fieles al otro.

Les confieso que me gustaba la plaza como era antes, con sus pérgolas y estatuas de terracota, pero no sé si me gusta la iglesia. En todo caso, soy una calle agnóstica, dios libre y guarde.

Y como toda calle de pueblo, siempre tuve agua sucia corriendo por mis flancos. Hubo demasiado tiempo de unos contra otros y grupos de una de mis veredas gritando a grupos de la otra vereda y una sin poder tirarles algún cascote para que se dejaran de joder.

Ser camino de estación de trenes a cementerio que anotaba Carámbula me hace sentir mal. Es eso del pueblo armado para irse como han dicho algunos malhablados, como el autor de esta nota.

Puede que lo sea. Pero no es mi exclusiva responsabilidad. Porque si vos pasás la estación y seguís unos kilómetros te encontrás con la Colonia Etchepare. Y yo ni loca me hago responsable de ese otro camino de fuga.

Y hablando de fugas, permítanme retirarme.

*Del libro colectivo "una ciudad para aRmar".*





## Aires de retreta.

---

La plaza no es lo que era. Decíamos alguna vez, parafraseando al admirado Felisberto Hernández, que la piqueta fatal de lo que algunos llaman progreso, la ha dejado *dolorosamente incomprensible*.

La plaza de nuestros recuerdos tenía pérgolas donde se sentaban los enamorados, fragancias y cadencias de tiempos idos, más lentos y entrañables. Es allí donde nos percatamos de nuestros años porque ya nos duele la memoria.

Aún hoy, si la brisa suave viene del río y enfila por Artigas hacia arriba, todavía puede conmoverte algún acorde de la banda de Navas haciendo caer la última porfiada gotita de rocío de una magnolia.

Rataplán.



## **Presente, señorita!**

---

A las cinco de la tarde salen algo neblinosos los compañeros de escuela y las maestras y sale la propia escuela con su enorme canilla de agua siempre fresca y sale la Negra que nos vendía bizcochos al tiempo de protegernos y salen Alicia y Chocha y Margarita en Jardinera y sale el relieve del Uruguay en aquel estanque con agua en los ríos que nos inundaban de asombro y sale el miedo ante el gigantesco edificio en los primeros pasos con cinco años y sale la bandera uruguaya compartida con Carlos Dárdano ya en sexto y las escenificaciones en la clase de Chocha en las cuales uno dirigía a un grupo heterogéneo de “artistas” y hacía de Nat King Cole, cara negra de corcho tiznado para que nadie notara el rojo intenso del natural.

Era la escuela de los iguales, del hijo del industrial con el hijo del manicero pasándonos los deberes y yendo a una casa y a otra, porque eso era mi pueblo, el mismo que sigue siendo aquí, en mi corazón y que ningún mediocre resentido podrá cambiar.

Porque la escuela nos enseñó de todo pero me parece que yo no fui cuando nos dijeron que estaba bien ser tolerante con los imbéciles almidonados.



## La música de esta parte.

---

En su Diario del Viaje de Montevideo a Paysandú, Larrañaga nos cuenta que al llegar a estos pagos fue recibido a pura música por un terceto indígena.

En un Viaje de Montevideo a Santa Lucía, visitamos el pueblo con don Octavio Podestá, su hijo Aldo –diseñador de este libro, compañero en la vieja Amarelle Publicidad– y Alfredo Valdez como cicerone.

En el tour por mis queridas tierras nos enfrentamos a la decadencia lastimosa del Palacio Lacueva.

Parados frente a la magnificencia de un edificio emblemático de Santa Lucía, Aldo se acerca a su entrada, mira por el agujero de un vidrio roto y toma la foto...de un piano.

El piano mudo en su soledad; nosotros mudos en nuestro asombro.

Quiero creer que, solo y triste, descangayado, siguen habiéndolo melodías.

Depende de nuestra actitud el poder escucharlas. Como sus armonías vuelan por el aire seguramente se trate de música ligera.

Y todo armoniza.

Se mezclan en el aire tangos en las voces del Chiqui Guillén y de Fabián Sosa y todas las guitarras suenan juntas desde las manos de Ridel Pérez que suele silenciarse para escuchar el himno de esta tierra subiendo a los cielos con Sacco y Valdez.

Y cuando hay ventito fresco desde el río, Los Costeños y el Loco Molinelli entibian la tarde y a veces se confunden con los acordes indescifrables de tantos y tantos guitarristas, acordeonistas y cantores de boliches y kermeses.

Y en las noches de luna llena tocan solos quienes ya ascendieron (se nos escapan muchos porque no sabemos si ascendieron o no) de los Moon Lovers, los Blue Sharks, Los Gotters, Los Zorros Grises, Los Signos, Conclusión, After Life, Minotauro, todos juntos y revueltos con la banda de Navas, el piano de Monzeglio, los acordeones de Rolando Rodríguez y de Liborio Hernández, la estentórea voz de Víctor Damiani, Garín quemando esas cartas desde su guitarra de tres cuerdas, la Santa Paula, el arpa y las guitarras de los Verdier, hasta el pistón de mi viejo en su “Armonías del Amor”.

Y miren que el turco de amor sabía bastante.

## Jugando contra nosotros, vas muerto.

---

En algún libro uno ha leído lo que rezaba una lápida que no por inventada resulta menos apropiada para tantos que en el mundo han sido:

*Aquí yace bien sepulto  
Capdevilla en este osario.  
Fue niño, joven y adulto  
pero nunca necesario.*

Nosotros éramos jóvenes y seguramente nada necesarios.  
Pero no nos dábamos cuenta.

En vacaciones, con 35 grados a la sombra, armábamos cada partido que ni te cuento en el field oficial de la barra: Las Calaveras.

Allí, frente al Cementerio, debe haber jugado medio pueblo.

Todos los santos días desde la media tarde hasta el anochecer, players venidos desde los más diversos barrios se daban cita para jugar al fútbol, no importaba si mal o bien. A veces, haciéndole honor a la cancha, los partidos eran a muerte.

El Tito Goñi, portero alterno del camposanto, aplaudía las jugadas y hasta solía gritar: “Quién cafó ahí?”

Es que seguramente más de uno sumaba a las “cafadas” propias de los encuentros, pifiando la guinda cuando entraba

al propio arco haciendo sapitos, alguna “cafada” más consistente detrás de los pinos (instalaciones deportivas sin vestuario es lo que tienen, ¿vivo?).

La vida, desde entonces, nos ha hecho jugar demasiados partidos. Algunos ganados en la hora, otros empatados gracias a una férrea defensa y los más, perdidos ignominiosamente.

Hemos reiterado innumerables “cafadas” detrás de otros pinos y nos han hecho goles en “orsai” y con la mano sin que ningún juez haya cobrado la falta.

Ya hoy, algún jugador ha cruzado la calle hacia el campo de enfrente y allí descansa, ajeno a las tácticas y las técnicas a las cuales otros, más giles, nos aferramos con uñas y dientes, suponiendo que así nunca bajaremos a la B.

Pero está escrito: nos equivocamos.

Porque como dijo un poeta, estamos todos en el centro del mundo traspasados por un rayo de sol.

Y de pronto, anochece.

¿Te das cuenta?

Este partido no lo ganamos ni en la Liga.

Buta barió.

*De “Cajón de Turco”.*



## El Evangelio según Don Mateo.

---

*Hijo de Don Antonio, otro galeno de fuste, Mateo fue un médico con tendencia al bronce (de hecho lo tiene), de aquellos que cuando había creciente cruzaba el río a nado para atender a un paciente, de aquellos que dejaba medicamentos en la mesita de luz y se iba en silencio, de aquellos que lucharon contra el curanderismo siendo él mismo un mano santa...*

San Mateo nos cuenta desde su Evangelio: “...todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce.”

Curiosamente, el número clave del Mateo de este recuerdo es también catorce.

Quieleros, tomar nota.

Mateo era el médico del pueblo o al menos, el médico de mi pueblo interior, el más vasto cuando se tienen cinco años.

“Y recorrió (...) sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mateo 4.23).

Don Mateo –ateo como buen batllista o tal vez agnóstico, no lo sé– sacudiría su melena de león si pudiera leer estos dislates. Y tal vez me recetara un laxante para que me dejara de joder.

Es seguro que suscribiría lo que alguna vez escribió Mario Benedetti: “Yo no sé si Dios existe, pero si existe, sé que no le va a molestar mi duda”.

Don Mateo era vigoroso, de corta estatura y anchos hombros, con cabello abundante y señoriales bigotes, tan blancos como su túnica. Su corazón, en cambio, era colorado. Coloradísimo. Como la lista 14.

“Había elegido un molde físico, así como un escritor elige una técnica”, decía Graham Greene.

Ese molde físico –reafirmado por la profundidad de su voz– y el visible molde espiritual –su calma, su seguridad, su conocimiento del alma humana que los mayores alababan– hacían que para el niño con llagas en la garganta fuera médico y, a la vez viejo sabio, mago, hechicero y chamán.

El turco chico vivía en un mundo lleno de Mateo: su padre –con la 14 en la tapa de su Credencial– lo idolatraba y su tío Eduardo (o Alberto, según él quisiera) solía ser su Enfermero-Secretario-Asistente.

Alberto no era precisamente un sacristán y codiciaba demasiado a menudo a la mujer del prójimo.

El tampoco perdonaría el pecado de las referencias bíblicas.

Evangelios aparte, la figura patriarcal del doctor era para uno símbolo de verdad revelada, de callado respeto, de emocionada admiración; era sinónimo de seguridad, de confianza, de mano franca.

Un dios sanador para un gurí cuya enfermedad era más el terror por sentirse mal que la amigdalitis.

Hoy los niños casi no tienen remedios contra el miedo.

Y uno, veterano descreído hasta el asco de los medicamentos milagrosos que tantos falsos profetas nos proponen, ya no

cuenta con ningún Mateo que le recete una cucharada cada cuatro horas del tónico reconstituyente de la fe.

Sobre todo de la fe en los demás.

*De "Cajón de Turco".*



## **Mi abuelo Ibrahim.**

---

*Hay fantasmas que anidan en tu corazón, algo desdibujados pero queriendo gritarte cantos libertarios.*

En 1950 se murió.

Y hace muy poco que lo conozco.

En realidad más que conocerlo lo intuyo, lo acerco a mi corazón.

Aunque este texto quiera a toda costa evitar la cursilería, me queda claro que no voy a conseguirlo.

Tengo en mis manos documentos tan fuertes que conmueven bien la fibra nacionalista de cualquier libanés, bien la de cualquier francés, y bien (o más bien mal) la de cualquier niño de dos años cuyo padre dejó para luchar por la liberación de su patria.

La mejor forma de explicarlo es la más simple.

Cuando se editó mi libro Cajón de Turco incluí en una de las primeras páginas la foto de don Abraham o Adrián o Ibrahim Adi, mi abuelo, que descansa junto a su esposa y a sus dos hijos en el cementerio de Santa Lucía.

La foto, que estuvo enmarcada en casa desde que tengo memoria, era una ampliación de la foto del pasaporte que tiempo después, ya fallecido mi padre, encontré entre viejos papeles archivados en la consabida caja de zapatos.

Los papeles no eran muchos y con mi padre podíamos hablar de zapatos pero nunca del abuelo, ni siquiera del pasado familiar. Si ese silencio obedecía a heridas de ese pasado, a miedos enterrados, a desafectos, no puedo saberlo.

Cuando falleció mi padre yo ya tenía veintiséis años y no recuerdo siquiera haber preguntado jamás sobre mi abuelo.

Es curioso.

Mi propio tío (cuyo apellido figuraba como Ade), arrabalero, mujeriego, divertido, también silenciaba el pasado.

En verdad no sé si lo silenciaban o no lo conocían.

En fin, volvamos a la foto que reproduce el libro.



*La foto de las paredes mi casa.*

Veamos el pasaporte y el origen de la foto del libro y del cuadro de las paredes de mi casa.



Y ya que estamos en tren de investigadores, veamos los otros papeles de la caja de zapatos.

Leçon Spinoza C<sup>e</sup> de Dépôt

Le sargent Arde Ibrahim Yachim n<sup>o</sup>: 49 détaché  
 se retire provisoirement à Bordeaux (lieu  
 où il s'est engagé) et de là s'opposera directement  
Montevideo (Amérique du Sud)

Beyrouth le 24 juin 1920  
 Le Capitaine Arde Ibrahim Yachim

*J. M. Y.*

26 juillet 1920

Marseille

Marseille le 3 juillet 1920

**CAMP MIRABEAU**  
**S. H. C. Epouville - Douche**  
**MARSEILLE le 3 juillet 1920**

Le sargent Arde Ibrahim Yachim  
 se retire provisoirement à Bordeaux (lieu où il s'est engagé) et de là s'opposera directement Montevideo (Amérique du Sud)

Marseille le 3 juillet 1920

Le Capitaine Arde Ibrahim Yachim

Marseille le 3 juillet 1920

LE



LA SORPRESA.

¿Por qué reproduzco estos documentos?

Les cuento.

Un amigo, Juan José Reyes, me envía un correo diciéndome que alguien leyendo Cajón de Turco vio la foto y se dijo: “qué raro... yo esta foto ya la vi”. Y buscando en su memoria le mostró dónde la había visto. Entonces Juan José, pilar de Los Hijos de Darbhestar, incansable luchador por la causa de los descendientes de libaneses en Uruguay y sobre todo muy buen tipo, me hizo llegar “Los libaneses en el Uruguay” de Antonio Seluja Cecin, excelente trabajo de investigación del cual reproduzco la siguiente foto publicada en la página 137 de la segunda edición.

Los libros de todas mis estanterías interiores cambiaron de lugar y a algunos que cayeron todavía los estoy buscando.

La foto del abuelo vestido de paisano me conmovió profundamente.

El texto que ahora les copio también puede conmover a algunos o puede hacer dudar a muchos, yo mismo entre ellos.

*Ma femme, mes enfants et le témoignage...*

*Voici le témoignage d'Ibrahim Omar Adi, qui écrivit dans une lettre à Alejandro Safi:*

*Salutations et affections... Nous sommes en France où nous sommes très bien reçus par les autorités... Les volontaires libanais et syriens affluent à Marseille et plus de cent sont arrivés d'un coup, en provenance du Brésil, d'Argentine et certains même de New York. Nous partons ensuite à Port Saïd (Égypte) avec comme objectif la victoire contre les Turcs (...). Notre pays souffre et c'est*

*l'occasion de le libérer de la famine et de lui donner la tranquillité... C'est impressionnant de voir les arrivants de toutes les parties du monde se porter volontaires pour mourir sans autre intérêt que leur sympathie pour la France. Car l'ennemi de la France est le nôtre. Je vous demande, M. le Président, de faire attention à ma femme et à mes enfants et, si Dieu me garde en vie, je chercherais à rétribuer votre générosité de toutes mes forces.*

*Votre serviteur Ibrahim Omar Adi.*

*L'Orient - Le Tour / Lundi 7 juillet 2008 - page 5 - Section Les Libanais dans le Monde Roberto KHATLAB*

En el libro de Seluja se transcribe en español esa carta de febrero de 1918.



Adi Omar Ibrahim, voluntario libanés que embarcó en noviembre de 1917 en Montevideo para defender su tierra natl.

el Líbano bajo el patrocinio de Francia y a solicitar colaboraciones. El 4 de octubre, en los salones de la Sociedad Francesa (Río Branco 1068) el Comité, bajo las auspicios del Ministro de Francia en el Uruguay, organizó una conferencia en árabe y al final se nombró a cargo de los delegados del Comité Líbano-Siriano.

El Comité, en su sede, se hallaba entonces en 25 de Mayo 257, propiedad y gestión del conde de 50 colonos franceses libaneses que fueron a combatir por la libertad de la patria ligita. En un comunicado a sus (y otras) revistas decía: "Los otros organismos son hombres dispersos a Vd. informándonos de ciertos actos organizados o patrocinados por este Comité, de que es justo se habra enterado por la prensa local y Líbano-Siriana de Buenos Aires. Ahora nos dirigimos a Vd. como comite para participarle que hemos preparado y embarcamos un contingente de 207 voluntarios que están a la espera de la expedición que ha de liberar el Líbano y la Siria del yugo turco. Dicho contingente fue designado dignamente y con gran entusiasmo por los miembros de nuestra colonia en esta capital".

Los voluntarios franco-libaneses que se alistaron en el ejército francés para luchar por su patria incluían entre los 18 y 49 años, 23 soldados y 2 oficiales con hijos, lo que revela su fervor patriótico. Cabe resaltar, además, que había libaneses y sirios, aunque faltaron 104 otros libaneses. Se han reconocido los de religión católica, también libaneses. He aquí el elenco: Ibrahim George El-Dar (31), Helwan Elias El-Dobech (39), Mamour Nouf (30), Dupont Pierre-Sergius (29), Aliyeh Mounir Baroud (39), Nagh Gabriel Kassar (33), Toufik Elias Kassar (24), Mouir Salim Abd (20), Nassim Ibrahim Ghalib (17), George Salim Kairala (24), Georges Elias Aar (22), Ibrahim Oussar Adi (27), Jean Michel Sade (25), Sarquis April Kassar (20), Michel Salomon Soubhan (22), Michel Salomon Perica (49), Ibrahim Issa Dib (21), Ad El-Machabir-Zabeh (32), Montal Abdelkader El Demori (31) y Moustafa Mohamed Elias (29).

Al mes de arribar a Francia, uno de ellos -Adi Oussar Ibrahim- escribió el 25 de febrero de 1918 al Presidente del Comité Patriótico Líbano-Siriano Alejandro Safi, una carta llena de fervor donde expresó, entre otras cosas, la atención de que fueron objeto en tierra franca por las autoridades y la Sociedad Líbano-Siriana. Concluye la carta pidiendo atención para

\* La revista almanac de la voluntariado se llama "Algaras de los Libaneses". Muestra del 1.º de noviembre de 1917. Archivo de la Lega Patriótica Libanesa.



Ad Omar Ibrahim, voluntario libanés que embarcó en noviembre de 1917 en Montevideo para defender su tierra natl.

su familia Ibrahim había dejado en Montevideo mujer y otros hijos pequeños. He aquí el texto:

"Saludos y afectos. Le participo el orgullo compartido, que desde hace 76 días estamos en tierra francesa, salvadores de las señoras libanesas de que hemos objeto, sea de las actividades francesas, sea de la Sociedad Líbano-Siriana de esta, ciudades que la plaza en ocupar de que he. Nada me falta. Las autoridades francesas nos velaron de todo lo necesario: vestuario, alimentación, etc. Los voluntarios sirios y libaneses que fueron Regado y Marcella de una sola vez llegaron a com. Algunos de Brasil, otros de Argentina y muchos de Nueva York. El 29 del corriente son embarcados para Puerto Saúl y lo único que deseamos son nuestros niños de Líbano contra los bárbaros turcos.

Esperamos de su perdono que nada, como hasta ahora, a nuestros compañeros a plantar en Ginebra. Espero pronto que en lo

único y lo más noble que una persona pueda ofrecer a su patria. Nuestra país natl y que es la ocasión si avanzado el tiempo y darle la tranquilidad. Una palabra más, la querida Francia es nuestra patria. El internacionalismo es el flag de todos países del mundo voluntarios dispuestos a morir por una patria que es su patria por Francia. (Como no he de acudir a usted en el momento de Francia en el momento)

El tiempo, señor Presidente, presta atención a mi señora y sus hijos si Dios me concede la vida pronto; recibiendo su gratitud con todas sus fuerzas. S.S.S. Adi Omar Ibrahim".

Uno de los voluntarios, André Joseph Hadad cívico, por su mérito, a poco de llegar a Francia, fue puesto de cargo.

El Comité Patriótico Líbano-Siriano y sus afiliados participaron activamente de todos los actos a favor de los aliados. Con ese propósito concurre a sus convocatorias a la manifestación Pro-Solidaridad Americana y Pro-Atenas que se hizo a cable el 11 de noviembre en la capital uruguayense, con que fin, en la noche de 23 de Mayo 257, y días después, el 19, contribuyó a la colecta de la Cruz Roja Pro-Atenas. Para el hecho más significativo fue la recepción que hizo el gobernador del Ministro de Francia en el Uruguay, André Auzanet, se lleva a cabo por funcionarios de Siria y Líbano. Es esta

\* El 17.º aniversario, Montevideo, 6 de abril de 1918.

## DUDAS Y CERTEZAS.

¿Qué animaba a aquellos 30 hombres que partieron de Montevideo en aquel lejano 1918 para “liberar a Siria y al Líbano del yugo turco” “bajo la protección de la querida Francia”?

¿El patriotismo? ¿La aventura, tal vez razón agregada en los solteros? ¿Alguna retribución económica?

¿El sentimiento patriótico del abuelo era tan acendrado que dejaba a su esposa Máxima sola con dos hijos pequeñitos sabiendo que podía no volver jamás?

¿Escribía con tanta claridad y contundencia el abuelo?

¿El grado de Sargento se obtenía tan rápido o ya lo poseía con anterioridad?

Es seguro que andarán por ahí otros documentos que algún día podré ver por generosidad de quienes los posean o por descuido de quienes los esconden.

Ni lo sé ni me importa demasiado.

Que me perdonen mi padre, mi tío y mi abuela si es que nunca perdonaron el abandono.

Hoy el abuelo me habla desde la foto de siempre y juntos estamos quebrando este silencio de tantos años.

El saquito, la bufanda y la mansa mirada me hacen sentirlo profundamente cercano porque siempre creí que el primer paso para ser entero es ser humilde.

Hay aquí un libro al que le faltan hojas, hay aquí una batalla jamás librada.

Puede haber un héroe o un aventurero.

Pero elija la opción que elija (el nieto hará siempre la cruz en la opción “héroe”), lo que sí hay es un noble hombre bueno.

Me basta mirarlo a los ojos para saberlo.

Acepten, descendientes, mis disculpas: sabía que la cursilería agobiaría el sentimiento.



## La segunda carta de mi abuelo.

---

Gracias a la gestión de Jorge Belhot, al archivo de Pedro Abuchalja y a Juan José Reyes, quien me abrió los ojos con respecto a quien fue Ibrahim Adi, tengo en mis manos la siguiente carta que reafirma el lugar al cual ha subido mi abuelo en mi corazón. El lector notará cuándo la emoción le impidió seguir escribiendo.

He respetado estrictamente la escritura original.

*Chipre julio 24 de 1918*

*Señores patriota y correligionario*

*la presente para hacerle saber de nuestra vida en el campamento con los demás valiente sirio es una vida honrada luchar contra el barbarismo y los salvajes de la europa central y mas contra el turco que a hechos desparecer la poblacion de la siria todo el mundo sabe lo que hizo con nosotros debemo de luchar debajo de la bandera francesa bandera de tres color que trabajo mas por la humanidad y la sebelizacion lucha y luchara asta el triunfo final y demás por nosotros los sirio que siempre hasido madre para nosotros debemo de alistarno todo como voluntario a luchar asta desplusar de todo a lo turco de la pobre siria país que fue pisutiado por las tropa turca y cordo y nosotros en la amerigua tranquilo nos agurdamos mas que tenemos familia y hermano y madre y padre y pais donde nacimo la union hace la fuerza y hunirse el sirio mahometano y el cristiano y el*

*druso y dejarse de religion porque ay que odiar uno a otro mientras que son de la misma raza y lengua y costumbre y hijo de un solo pais dejen el fanatismo aparte si ustedes viera nuestro en el campamento vida de placer y alegría aquí nuestro hermano viven los mas feliz mahometano y cristiano como hermano y lo zon aquí no se acuerdan de mahoma ni de cristo gracias adios el único Dios que tenemos es contra el salbaje turco hijo de Temur el Destructor los lectores si acuerdan los que an hecho los turco en arminia piores hisieron con nuestro padre asi que mientras que tenemos sangre en nuestra bena lucharemos por nuestra independencia asta bengar o morir señor presidente del comité sirio libanes los encargo por mi hijo señora*

S.S.S.

*Ibrahim Omar Adi*

Estoy orgulloso de ser tu nieto, turco Adi.



# Carnaval sin palabras.

---

*El autor debe callar cuando su obra empieza a hablar, dijo alguien. Escrito en una serpentina, el cajón me permite hoy desenrollar este recuerdo y, calladito, lanzárselo a ustedes. Desenvuelve a aquel inolvidable mudo que en los viejos carnavales de nuestro pueblo, empujaba su increíble artilingio sonoro.*

Baile de máscaras, circo pero también pan, aleteo de mariposas sin murciélagos, la bailarina puro rubor que gira y gira y cada tanto mira soñadoramente al gordo del bombo que golpea y golpea y golpea y sus golpes se confunden con los de la maquineta de magia que el mudo empuja por la calle Rivera en pleno desfile de Carnaval y nosotros agolpados viéndola pasar y adivinando que el payaso que hace cabriolas y el mono triste que toca los platillos no lograrán que la bailarina los mire como mira al gordo del bombo y rataplán por la calle y mientras la maquineta de magia guarda secretos que nadie jamás conocerá el mudo guarda silencio y empuja su carrito puro sonido y significado porque alguien sabe, no nosotros, que lo que aparece casi nunca es lo que es y que los que no se engañan se equivocan y rataplán y toda la troupe de movimientos y sonidos encerrada en el cajoncito de misterios donde la bailarina sigue girando y el gordo tocando el bombo y el payaso cabrioleando y el mono con sus platillos y su tristeza, todos haciendo crecer el rataplán y el misterio y el sello inconfundible del pueblo en Carnaval y el carrito del mudo que es una copia del pueblo puro sonido y silencio,

## CANCIÓN MUDA.

¿Quién dijo que debe hablar  
quien empuja los sonidos?

Por Rivera hacia la plaza  
va el mudo con su carrito  
y detrás, de boca abierta,  
va el asombro de los niños.

Es máquina de sorpresas  
es monito con platillos  
es bailarina que gira:  
el pueblo es un papelito.  
serpentina de colores,  
pura latita con brillo.

Hay quienes dicen poquito  
aunque lo digan a gritos.  
En Carnaval y en mi pueblo,  
porque todos fuimos niños,  
se callan muchos doctores  
ante el mudo y su carrito.

¿Quién dijo que debe hablar  
quien fabrica los sonidos?

Por Rivera hacia la plaza  
va el mudo con su carrito  
y detrás, de boca abierta,  
va el asombro de los niños.

*De "Cajón de Turco".*

## Salta, Tantor.

---

El Fantasma era la historieta esperada con el suplemento dominical huecograbado de El Día. Y en las revistas, Gasparín te miraba sonriendo, buenazo como es. Los fantasmitas de estas líneas se dibujan en el recuerdo y tal vez Marino González, muerto de risa, nos regala una caricatura.

Afirman los elefantólogos que el inmenso objeto de su estudio es el único mamífero que no puede saltar.

Y debe ser nomás.

Sin embargo, el Tantor de mi infancia no sólo saltaba sino que, ataviado con grandes orejas, hasta podía volar porque uno, cuando se le cantaba, lo convertía en Dumbo.

Es lo que se llama fantasía.

Eran tiempos de revistas “de dibujitos”, de cómics, aunque esa palabra resultara desconocida para nosotros.

Estaban todos los animales juntos, desde Mickey hasta Jerry, desde Donald hasta el Zorro Filoso, desde Bugs hasta Loquillo.

Estaban los “cobois” (El Llanero Solitario, Tom Mix, Red Ryder, Hopalong Cassidy, Gene Autry, Cisco Kid, Roy Rogers y algún otro), que combatían el mal, revertían injusticias y defendiendo al débil lograban siempre siempre siempre el triunfo del bien.

Eso también se llama fantasía.

Estaba El Fantasma, que ululaba desde El Diario pero no tenía los adeptos de Tarzán, que aullaba desde el Suplemento de El Día de los domingos.

Estaba Tobi, que a veces hacía de detective y con él La Pequeña Lulú, que batía todos los récords de preferencia.

Aunque ya no queden pócimas mágicas ni abracadabras posibles, el cacle cacle de la brujita (¿era Agata?) continúa embrujando el recuerdo.

Y estaba Supermán y Batman y Linterna Verde y el Hombre Elástico y Acquaman y Flash y entonces todo era posible.

Y estaba Periquita y Archie (con Torómbolo) y las Urracas Parlanchinas y el inefable Gato Félix y Gasparín y Lorenzo y Pepita y tantos otros.

Todo se mezclaba en un imaginario infantil mucho más infantil.

La empresa del recuerdo que hoy nos convoca, baisanos, nació de las historietas.

Y del sobre-stock.

Por Rivera, a la altura de España los mínimos self-made-men de la cuadra, con siete años y mínimas historias (no éramos ni historietas), vendíamos revistas usadas a quienes subían por Rivera apenas bajados de los trenes.

Sobre tablas y caballetes desplegábamos ofertas de héroes y villanos (muchas repetidos y algunos clavos, a decir verdad) a precios muy convenientes, señores.

Pasen y vean. 2 x 1. Aproveche ahora. Últimos días. La alegría de sus niños.

Y los transeúntes compraban, ya por piolas, ya por la indisimulada ansiedad de los empresarios.

Eran otros tiempos claro.

Muchos bajaban de los trenes porque muchos trabajaban.

En esos tiempos Tantor podía saltar y hasta volar.

De volar hoy, seguro nos defecaba encima, despreciable paquidermo.

*De "Cajón de Turco".*



## Volvió una noche.

---

En homenaje a Gardel, que durmió en Santa Lucía hace tanto tiempo.

Era primero de setiembre y el Hotel Biltmore cumplía ciento treinta años. Al abrir el cajón, un soplo helado levanta por los aires un papel garabateado. Dice ésto:

Después de los raviolos y el champán me mandé a bodega como un litro de Agua Salus (algunos de los comensales locales le llamaron Acguasana, vaya uno a saber por qué) y me acosté pensando que iba a ser clara la aurora porque ya me había tomado lo alegre del manantial pero minga de claridad, hermano.

Me sentí raro y entonces busqué un espejo y me quise mirar.

Me asustó lo que vi, compadre.

Le grité a la sombra pero qué hacía, me afanaste hasta el color y estuve a punto de llamar a los muchachos que dormían en la habitación de al lado para decirles que si los cacha los da vuelta, no les da tiempo a rajar.

Estaría dormido, no sé, pero sentí –ahora, no antes, no sé cómo explicártelo– que la odian mis ojos porque la miraron o de repente estaba despierto, porque recién había colgado el sombrero en el perchero y de golpe en caravana los recuerdos pasan y puede ser que no sea recuerdo sino aparición, fantasma, cosa oscura y roja sin cara que flota y me habla y me grita aunque a veces susurra con una estela dulce de emoción que alivia por un cachito el viento de locura que atraviesa mi merte (merte de merral, de cabeza, vos me erterdés) y

cuando pensaba que me dormía manso porque algo o alguien (¿plumas de paloma?) acaricia mi ensueño, entonces vuelve lo rojo y lo negro, aunque uno cerró fuerte los ojos y apretó fuerte los labios y de golpe encendió las luces y me parece que son las mismas que como las de Jólivu alumbraron con sus pálidos reflejos otros días, no esta misma noche, hace un rato, cuando le canté a los muchachos del Club Nacional de Fútbol “Palomita Blanca”, el vals que José Nasazi me pidió a gritos parando el partido de truco.

Pero la sombra tiene el dos de la muestra y me busca y me nombra y quiere chamuyarme algo sin que yo entienda qué, calcinada y colorada maldita sombra, jodida la sombra, te digo la verdad, dejando sólo brillar lo que parece la sonrisa de la mejor foto de Silva pero sin cara, ¿me entendés?.

No sé si tengo el gacho puesto o está en la percha pero cuando me miré en el espejo estoy seguro que era una sombra lo mismo que yo y tenía como una sonrisa bajo el ala del sombrero, lo que significa que yo tenía el sombrero puesto, ya ves que todo se va aclarando, aunque la sombra en la sombra siga siendo rojo-oscura, fulera, fané, no sé cómo explicártelo.

Quisiera entender qué pasó después de colgar el sombrero, aunque, esperá. Alguien desde afuera me dice que errante en la sombra me busca y me nombra, pero el asunto no cuaja porque no escucho los ruidos de la noche, así que no me nombra nada. Ni los ronquidos del Panza escucho, entonces ¿todo es grupo todo es falso o qué?

Sin embargo ahora cacho una voz finita en el piso de arriba: sí, señor presidente y junto un tipo lleno de galones y con un plumero que le sale de debajo de la nariz\* y tengo miedo de aquel espectro, no es para menos, digo yo.



Vos dirás que es sólo un fantasma del viejo pasado pero no, porque ahí está el asunto, no sé si fue pasado, es presente o será de repente futuro, quién te dice. No se trata del dolor de ya no ser, se trata de no saber ni siquiera si soy. O si fui, aunque uno mismo no puede ser pasado cuando hace un rato dejó el sombrero en la percha.

Ahora, compadre, todo está callado, menos la sombra en la sombra.

Pensar que cuando llegué, amigazo, la cruz del sur fue como un sino, pucha digo.

Bajo el burlón temblar de las estrellas me sentí medio poeta y con ganas de escribirme algo como si fuera esa señora Luisi o ese señor Vasseur de los que me contó don José que andan por estos pagos, aunque después uno tuviera que pedirle al Bolita que corrigiera las faltas. Ahora, ¿por qué era burlón el temblor de las estrellas? Guardo escondida la esperanza humilde de saberlo.

Lo que sí estoy seguro de saber es dónde estoy: en el Hotel Biltmore de Santa Lucía.

Me invitaron a cantar y canté. Me invitaron a morfar y morfé. Me invitaron a quedarme y me quedé, no sé para qué, mirá.

Don José, el señor menudito y macanudo que te decía, me mostró las salas, las habitaciones, los mármoles, las piedras de Hamburgo, la glorieta con glicinas, la pieza treinta y dos preparada para mí, la pila de racimos de uva del gran parral del patio y hasta me dijo que Sarmiento había dicho no sé qué cosas de las uvas y que Rodó de repente chapó una copa del hotel para escribir una para-bolas o algo así. Este es un lugar posta, hermano, muy romántico, muy abacanado.

Pero la sombra en el espejo sobrevuela la pieza –pero no con sereno vuelo, no sé si me explico– y grita porque se quema, enrojecida.

No escucho gritos afuera. Son como de adentro de la sombra, ¿sabés?

Me pregunto si estamos en 1933. Deberíamos.

También debería estar soñando al dormirme luego de cantarle a los jugadores en el Hotel Biltmore de Santa Lucía. Pero no escucho ronquidos ni grillos.

No escucho ni el silencio, hermano.

No me mires así. Vos también ves que un tipo con un perro abre la puerta y mira la pieza. No me ve. Pero, de golpe, un rayo misterioso hace nido en su pelo (en el del perro) y comprende mi pena inaudita (el perro la comprende, ¿entendés?).

El me ve. Recién entonces yo también comprendo.

El bicho vuelve a mirarme, le ladra sin ganas a la sombra –no a mí– y se va en silencio sin un reproche.

Se llama Redman\*\*, ¿te das cuenta?

Es peludo, blanco y piola y todas las noches me visita en esta habitación treinta y dos.

Le gusta el tango al loco.

*De “Cajón de Turco”.*

---

\* Referencia a Máximo Santos, que ejerció la Presidencia de la República desde las instalaciones del Hotel (N. del E.).

\*\* Redman era la mascota de Eduardo Monzeglio, responsable del Hotel cuando se escribió este relato.

## La Reina del Carnaval.

---

*Ciertos fantasmas no dejan nunca de ser lo que fueron: espíritus burlones. En la esquina de Rivera y Rodó si no me equivoco, rondando la vieja Despensa, Pocholo sigue asustando viejas.*

Carnavales eran los de antes.

Mark Twain decía que cuando era joven podía recordarlo todo, hubiera sucedido o no.

Les juro con la mano sobre el Corán y en honor a mis canas que este “sucedido” es eso: un sucedido.

Ubiquémonos en el Santa de 1955, año más, año menos.

El Carnaval era un acontecimiento que congregaba a todo el mundo, sin distinción alguna.

Se elegía un Rey de las Cabriolas, que saludaba, precario y majestuoso, desde la caja de un camión municipal decorado con las insalvables hojas de palmera.

Las hojas de palmera eran el elemento decorativo preferido para transformar lo común en mágico.

Y, claro, no daba ningún resultado.

Pero es que la magia estaba en otras cosas.

En la plaza cubierta de papelitos y serpentinas que los gurises juntábamos reciclando la alegría.

En el desfile de terroríficos cabezudos que nos hacían preguntarnos dónde carajo estaba la diversión del Carnaval.

En los bailes de disfraces.

En los tablados.

En las voces inevitablemente aflautadas de dudosas mascaritas que ventilaban todo tipo de trapito amparadas en el supuesto anonimato.

En las violentas guerrillas de agua incluso a baldazo limpio desde las azoteas.

En el Mudo con su carrito parlante (pero esa es otra historia).

En ese entorno, se anuncia con bombos y platillos que en el desfile de Carnaval de ese año participará la Reina del Carnaval de Montevideo, lindo animal, dios libre y guarde, cuyos atributos los diarios ya habían mostrado.

Imagínense.

Es como si la verdadera Graciela Alfano (la desiliconizada, aquella de la tapa de “Gente”) desfilara por la calle Rivera, ahí, a un metro de nosotros, apenas con una pluma entre los dientes.

La expectativa es tan enorme como los atributos de la Reina.

Una anhelante multitud vive la inocencia y el entusiasmo de todo pueblo joven.

La Reina abrirá el desfile, ¿te das cuenta?

El comienzo está anunciado a las ocho pero, como siempre ocurre, son las nueve y media cuando la cosa comienza, ya

con la expectativa y el nerviosismo de miles de ávidos espectadores a punto de explotar.

Yo tengo 6 años y estoy con mis padres en Rivera frente a la carnicería de Maciel y al bar de Hardoy.

Sin entender demasiado, vivo el entusiasmo y la novelería, la emoción de todo espectáculo inusual.

Pero, ¿saben qué?

Algo es demasiado inusual.

En lugar de vivas hay gritos, corridas, gente que putea. Hay cuchicheos. Hay lamentos (“no puede ser, che”, “no tiene goyete, vo”).

Tres policías pasan como pedrada hacia la Estación, hacia el comienzo del desfile.

Los gritos y el desbande adquieren proporciones mayúsculas.

Uno, chiquilín chiquito, se asusta de lo que no entiende.

Pero de pronto el Carnaval empuña su magia y comienza la risa. La multitud entera comienza a reírse.

Las carcajadas siguen hoy prendidas en mi memoria.

Graciela Alfano, quiero decir, la montevideana y bellísima Reina del Carnaval, anunciada por los periódicos locales, en afiches y por parlantes, no era ni montevideana ni bellísima ni Reina.

Era Pocholo Gorospe, muerto de risa y saludando al público desde sus manos con anillos, sus labios pintados, su vestido de vaporosa gasa, sus tacos altos y sus piernas tan peludas como sus bigotes, mientras era llevado en cana.

“Alto, padre cura, que la novia es macho!”, debe haber dicho un paisano.

Grande, Pocholo!

Este recuerdo tiene moraleja: nunca creas en las idílicas promesas de la realeza o de los chambelanes de palacio.

Porque detrás (o debajo), pueden haber unas piernas peludas que te lo voglio dire.

Y de repente terminan haciéndote Reina del Carnaval.

*De "Cajón de Turco".*

## El Mono proteico.

---

José Enrique Rodó pasó veranos en la casa quinta familiar de la calle Rivera, hoy Casa de la Cultura. En este “relato”, Rodó adulto se aloja en el hotel Oriental (hoy Biltmore) en aquellos años de la Santa Lucía señorial y es visitado por un personaje inefable del futuro en aquel pasado de nuestro pueblo: el Mono Vitello. Son dos fantasmas en diálogo. El Mono inicia ese diálogo.

- ¿Lo conozco de algún lado?
- No sé, la verdad que no me doy cuenta.
- ¿Puedo estar soñándolo?
- Disculpe, pero no entiendo.
- Yo sueño mejor despierto, caballero.
- Bueno, no sé, pero no alcanzo a comprender lo que me quiere decir. Conocernos no nos conocemos.
- Sin embargo yo lo he leído.
- Ah, caramba. Eso me halaga.
- Como decía mi amigo Vaz, a usted le amaga el genio, señor.
- Bueno, le agradezco el cumplido. Además, debo confesarle que me resulta usted simpático. Pero, acérquese aquí a la estufa. Siéntese. Lo veo en camisa, ¿no tiene usted frío?
- Frío tengo, lo que no tengo es saco.
- Me hace usted reír de buena gana. Pero, cuénteme. ¿Es usted de este pueblo? ¿Está usted hospedado en este hotel?

- Hospedado no. A veces me doy una vuelta porque me aburro un poco, ¿sabe? Pero el aburrimiento me trajo algo bueno: gracias a él comencé a leer después de dejar este mundo, bueno, aquel mundo.

- ¿Quiere usted decir que lo hizo después que entró en el magnífico mundo de la lectura y por ende, del pensamiento? Es usted un hermoso ejemplo de la educación de indefinida persistencia que definiendo y del constante cambio que promulgo.

- No es tan sencillo de explicar, doctor.

- Pero usted es de aquí, ¿no?

- Fui de aquí, sí. Pero no viví esta maravilla de mármoles, flores y monóculos. Mírese usted, por ejemplo. Está vestido como para un retrato. Y sus bigotes me gustan, doctor, tipo manubrio.

- Más que la apariencia, mi amigo, debe importarnos la mirada vigilante de la inteligencia y el activo concurso de la voluntad, como usted habrá leído en mis Motivos de Proteo.

- ¡Cómo me gusta cuando usted miraba jugar a un niño! Me gusta creer que el niño era usted mismo, doctor. Y que el lugar era la casaquinta de sus padres, aquí, en la calle Rivera. ¿Sabe por qué me gusta esa parábola? Se llama así, ¿no? Me gusta por todas las cosas que hay ahí: la arena, la música, la flor, la creatividad y la copa. Sobre todo la copa, honorable Señoría.

- Le entiendo. Sírvase, por favor, hágame el obsequio.

- Merci.

- Esa parábola de la copa en verdad nos conduce a que sólo porque nos reconocemos capaces de limitar la acción que sobre nuestra personalidad y nuestra vida tiene la fatalidad, hay razón para que nos consideremos criaturas más nobles



que el buey que empleamos en labrar el surco, el caballo cuyo lomo oprimimos y el perro que lame nuestros pies.

- Hablando de perros, Maestro, aquí está Redman. Es el perro del hotel.

- Lindo bichito, simpático. Deje que me ponga las gafas; no alcanzo a verlo bien.

- Deje, doctor. Nunca podremos verlo bien, pero no importa. ¿Usted decía que lo que nos distingue de Redman es nuestra capacidad de combatir la fatalidad?

- Exacto, señor.

- Pero, ¿la fatalidad no nos gana siempre, doctor?

- No importa. Se trata de saber que podemos y debemos combatirla. Se trata de buscarse, de conocerse constantemente. Usted lo ha hecho y por lo visto lo sigue haciendo. Usted quiere saber, ser mejor. Reformarse es vivir, apreciado amigo. Por ejemplo, ¿nunca le ha pesado sentirse distinto de sí mismo? ¿Nunca ha hallado en usted cosas que no esperaba ni dejado de hallar aquellas que tenía por más firmes y seguras? Ese es el cambio creador, el cambio imprescindible, no el cambio de la fatalidad.

- Yo me busco constantemente, doctor. Golpeo en mi interior pero no siempre contesto. Debo haber salido. Y me doy cuenta que soy distinto de mí mismo. Todos los días encuentro cosas que no conocía y sigo buscando, pero sin encontrar demasiado según creo.

- La búsqueda de por sí ya encierra un estadio superior del espíritu. Acepte otra copa, señor... ¿Cómo es su nombre?

- La acepto con el mayor de los gustos. Pero llámeme Mononada más. Siempre me conocieron así.

- ¿Por qué “Mono”?
- No sé, porque hacía monerías, supongo. Nunca fui tomado en serio y tampoco me lo propuse, a decir verdad.
- Disculpe, señor Mono, pero usted habla siempre en pasado. ¿Puedo preguntarle por qué?
- Créalo o no, señor José Enrique, yo estoy muerto. No se me intranquilice. Soy un muerto inofensivo. Un fantasma, dirá usted. Pero no, ni siquiera eso, porque los fantasmas vienen del pasado y yo vengo del futuro. Mi época es mucho más embromada que ésta, le voy a decir.
- ¿Qué me va a decir?
- No, nada. Ya se lo dije.
- No siempre lo entiendo, caballero.
- Ni falta que hace. No podemos entender todo. Yo, por ejemplo, no entiendo casi nada.
- ¿Usted me habla de su época? Seguramente en su época, si logro entender de dónde viene usted, habrá superado el materialismo de estos años, impuesto por el Calibán utilitario de Estados Unidos y al que combato con todas mis fuerzas. Renuncio a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme que menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescinda de una inmediata finalidad, por vano e infecundo. Un boceto que vive para la realidad inmediata del presente, y por ello subordina toda su actividad al egoísmo del bienestar personal y colectivo. Ese país grande sólo en tamaño es causa de la patética decadencia de nuestros tiempos.
- Bueno, yo también despreciaba a la Pocha por decadente. Tenía diez dientes. Y lo que es peor, ninguno adelante.

- Es usted gracioso, señor Mono.
  - Y vos medio comunacho, don José Enrique. Vamos a servirnos otra, si te parece.
  - Con gusto, amigo.
  - No hay caso. Yo sigo tomando hasta cuando ya no estoy. No me reformo más.
  - Como he escrito, no te reforman de alma la verdad ni el error que te convencen; te reforman de alma la verdad y el error que te apasionan.
  - Usted es un aristócrata del pensamiento, che Pepe.
  - Me alegro de tu apreciación, querido Mono. Servíte otra nomás.
  - Hablando de pasiones, cuñado, ¿qué te parece si te presento a La Yoli? Y ya que estamos a toda la barra, ¿querés?
  - Presentáme a quien vos quieras y llenáme la copa ya que estás. Pero, ¿quién es La Yoli?
  - ¿Te acordás del Rey Hospitalario?
  - ¡No me voy a acordar! Yo escribí esa parábola en Ariel...
  - Bueno. La Yoli es una reina y hospitalaria que ni te cuento. Vení que te explico mejor. Traé la botella, dále.
- Y Rodó y el Mono, tambaleantes en la niebla, caminan hacia el quilombo del pueblo.

*De "Cajón de Turco".*



## **Sucesos de El Mono que Rodó no alcanzó siquiera a sospechar.**

---

Humberto Octavio Mono Vitello, de sábana algo raída, vino a visitarme y me recordó que no había hecho referencia a otras de sus hazañas.

En plena dictadura, apremiado, orinaba al costado de la ruta, por Margat. Denotaba un avanzado estado etílico. Lo detiene la policía y mientras lo llevan, los agentes se preguntan, dudando entre las seccionales policiales de Canelones o de Santa Lucía:

- ¿Lo llevamos a la segunda o derecho a la primera?
- A la primera no –contestó el Mono– porque no he practicado.

Un forastero para el auto en el único boliche abierto. Tras el mostrador, el Mono.

- Me llevo una botella de añeja.
- No tengo.

Una botella de Añeja Especial perdida entre restos de naufragios etílicos refleja la luz de la única lamparita que cuelga del techo.

- ¿Como “no tengo” si ahí tiene una botella?
- ¿Ah sí? ¿Y yo qué tomo?

Un visitante poco habitual le pregunta al Mono

- ¿Usted es el Mono Vitella?

- Vitello. Vitella es mi hermana.

Factotum de su querido club de fútbol Budapest, Humberto Octavio visita al panadero Sosa.

- Vengo a invitarte muy especialmente a una comilona que organizamos con la directiva de Budapest este sábado.

- Muchas gracias, Mono querido. Me siento halagado. Qué tengo que llevar?

- Todo.

# **Luisa Luísi Janicki. ALMA MÍA, TE MUERES DE SERIEDAD.**

---

Mientras escribo alcanzo a divisarla pasando rápidamente en su silla de ruedas y discutiendo vehementemente. No sé a quién le habla aunque puedo sospecharlo.

Luisa fue un ejemplo de mujer uruguaya de los años 20. Maestra de profunda labor pedagógica, crítica y poeta de verso clásico, pasó sus últimos años en esta ciudad que albergaba a enfermos en recuperación por su aire puro y su tranquilidad.

Aire puro y tranquilidad son hoy otros fantasmas.

Luisa era una de las seis mujeres de ocho hermanos, hijas de un masón y anarquista que había peleado con Garibaldi. Todas fueron maestras y además Paulina fue la primera mujer médica del país, Clotilde la primera mujer abogada e Inés también fue médica. Luisa era colorada, Paulina socialista y Clotilde comunista.

Cuando pasa en su silla de ruedas va leyendo a Juana, a Delmira, a María Eugenia. Nadie empuja la silla. Acaso sea Clotilde y sea a ella a quien le habla, un poco indignada.





# Luis Federico Capurro. REFLEXIONES A LA SOMBRA DEL DAMAHARA.

---

Para escuchar a este diputado, senador, miembro del Consejo de Estado, del Banco Nacional y del Banco de la República, que fue además pintor y fotógrafo, hay que arrimarse a la Quinta Capurro en tardecitas calmas. Es uno de esos casos en los cuales agregar palabras a las suyas es desmerecerlas. Don Luis Federico nos hace conscientes de lo que fuimos. El lagrimón puede nutrir la fértil tierra de la Quinta. Vean ustedes...

*Santa Lucía es hoy una ciudad, pero hace un siglo apenas era un pueblito, una aglomeración de casas muy humildes, pero con importante templo católico sobre la plaza central, construida con donaciones de mi bisabuela Mariquita Castro, y ajustada a planos del Ingeniero Alberto Capurro. (A tal iglesia, ya cumplidos los dos años de edad, caminando, fui llevado para ser bautizado, con horror manifiesto del Cura Vicario Fernando Damiani)... El caudaloso río del mismo nombre le pone al caserío un confín pintoresco, caserío que tuvo el privilegio de gozar durante algún tiempo de estación terminal del primer ferrocarril nacional.*

*Un buen día, un grupo de personas pudientes de la Capital, pensaron que Santa Lucía podría ser un excelente lugar de recreo. No se hablaba entonces de playas, de baños en el*

océano, sino que se descubría en el campo y en los ríos buenos factores que, unidos, daban la posibilidad de ofrecer descanso y esparcimiento en el curso de las vacaciones veraniegas, codiciadas pausas a las actividades urbanas. Dieron ejemplo los Chucarro, Magariños, Mitre, Lacueva, Zaballa, Rodó, Rebollo, Castro y Bauzá. Eligieron solares dentro del pueblo o cerca de sus orillas, y allí algunos de ellos levantaron hermosos edificios, prefiriendo otros más extensión de tierra con residencias modestas. Entre estos últimos figuró mi padre. Adquirió nueve hectáreas en el límite con el ejido, sobre una calle que se llamó Ancha y más tarde fue convertida en Bd. Federico Capurro, primer poblador que había de ser así recordado por su iniciativa y por sus méritos, ya que su figura cobró relieve nacional en la industria, la banca y en la política... Un hotel frente a la estación que ostentaba un gran letrero con su nombre, Oriental, administrado por Don Alberto Suárez, aparecía como formando parte de las necesidades exigidas por el destino a que había de responder la localidad.

Desde la explanada, entre la estación ferroviaria y el hotel, se desprende la ex-calle Ancha, y a un kilómetro de su nacimiento, más o menos, se abre un portón de hierro que da entrada a la propiedad paterna por un camino recto de poco más de un centenar de metros. El tanque de agua a la izquierda y adyacente noria sobre un pozo de agua, dan fe de las primeras obras de indispensable utilidad realizadas. Le sigue un pequeño chalet rodeado de un cerco de tuyas, donde mi padre tuvo instalado su taller de pintura y un estudio fotográfico. Detrás de estas construcciones se extiende el parque cruzado por sendas rectas y curvas bordeadas de cordones de gramilla y plantas diversas, especialmente de camelias, todas ellas importadas con arreglo a una selección esmerada y a normas técnicas sometidas. Entre todo ello se levanta, triunfante, un gigantesco Damahara, árbol de origen asiático,

*ostentando en la forma y el follaje su belleza y arrogancia incomparables. Fue la edad dorada para mi padre. Sus primeros años de matrimonio en medio de una actividad inteligente, placentera, creadora, al transmutar un trozo de campo vacío, de pastoreo, en un paraíso lozano, fragante.*

*Imagino su goce, su deliciosa vida entre las plantas y las flores, surgidas de una tierra casi virgen, que las ofrecía como primeras muestras de su fecundidad dentro de un marco sabiamente trazado, y bajo la diestra dirección de quien ponía en ello sus conocimientos, su gusto artístico y su amor a la naturaleza, esperando con inquietante acecho el resultado de sus inseguras promesas, de sus impenetrables misterios.*

Tantos años después, el damahara sigue enhiesto junto al árbol del frío (entre a la quinta y vaya a la izquierda) y nosotros, a su sombra, esperamos con inquietud acechante el resultado de inseguras promesas enmarcadas en impenetrables misterios. Un poco muertos de frío, a decir verdad.



# **Magariños Cervantes. REFLEXIONES VAGAMUNDAS Y FANTASEADORAS CON AROMA DE ARRAYÁN.**

---

Embajador, Rector de la Universidad, Senador, periodista, poeta, ensayista, novelista, dramaturgo, a don Alejandro Magariños Cervantes no le faltaba nada para ser un hombre renacentista. En nuestra ciudad, fue el fundador de la Biblioteca del Club “Libertad y Progreso”. Hasta debe haber donado El Quijote en tres tomos de lomo dorado para que algún vecino le dijera: “lindo librito se ha escrito, don Cervantes”

Los segundos viernes de cada mes a la tardecita su voz calma se escucha en las inmediaciones de la casaquinta de la calle que lleva su nombre (ex América) en el enclave con Federico Capurro.

Aquel pueblo con su misterioso lenguaje del agua, nos salpica surcando el tiempo.

*San Juan Bautista, Diciembre 26 de 1883.*

*Estimado amigo:*

*Su carta llegó á mis manos hace tres días, al caer la tarde, que por cierto era una de las hermosas tardes de verano que se*

*disfrutan en este privilegiado pedazo del Departamento de Canelones. Me encontraba en la costa del arroyo cuando la recibí, recostado sobre la yerba, al pié de un viejo Arrayan en flor, procurando descifrar lo que en su misterioso lenguaje murmuraba, al deslizarse por entre las hojas, mansa y leda el aura. Esto quiere decir que andaba á monte, huyendo de los deliciosos centros consagrados á la severa Themis en la Plaza Independencia ed altri siii, y en vez de engolfarme en la sabrosa lectura de los Códigos y la no menos interesante de los expedientes, victima inocente de las malas mañas adquiridas en el trato de las célebres doncellas de Helicón, incurría en el delito, próximo ya á los sesenta inviernos, de perder el tiempo (que es oro según los ingleses) borroneando renglones cortos, (que el vulgo llama versos); y abandonándome á otros excesos de la gente vagamunda y fantaseadora, que se pasa las horas muertas mirando volar las nubes y los pájaros, oyendo murmurar el agua, y susurrar, gemir ó bramar los árboles, según el pentagrama de las notas diversas de los álamos, sauces y eucaliptos...*

(Fragmento de una carta de Magariños al editor Barreiro y Ramos).

## **Amalia de la Vega. EL RANCHO DE LA TIA PILAR.**

---

El rancho de Amalia está en Continuación Ecuador (hoy Benito Nardone) pasando la vía rumbo a la picada de arena fina.

Algunos viejos boteros han sido encantados por una melodiosa voz que los que no chapan nada de la poesía del asunto califican de un canto de sirena abrojalera. Porque estamos en medio del barrio El Abrojal.

Por qué razón la tía Pilar tenía un rancho por estas tierras, no lo sabemos y tal vez sea mejor no saberlo para que tenga solidez el misterio, que misterio deshecho por la evidencia es muy triste.

En las tardecitas claras una forma difusa a la cual es difícil adivinarle sábana, se acuclilla a la sombra de un paraíso. Si se aguza el oído puede escucharse el silencio de los pájaros que escuchan respetuosos.

Mate amargo que naciste...

Para Mercedes Sosa, Amalia fue “Gardel hecho mujer”; para Zitarrosa era una referencia ineludible.

Pasa a veces Amalia en bicicleta con su chismosa rumbo al almacén. Tímida y humilde como fue siempre, tararea para sus adentros, temerosa de que la escuchen, la identifiquen y la aplaudan.

El vozarrón de Paco Espínola decía siempre, al tiempo de quitarse el pucho:

- A mí me gusta Stravinsky y Amalia de la Vega.

Y Amalia baja la cabeza, avergonzada.



## **Vicente Rossi.** **LA PESQUISA DEL** **NIQUEL.**

---

Este es un fantasma desconocido. Alguien debería quitarle la sábana y tratar de descubrir sus polifacéticos contenidos.

Hijo de este pago, fue periodista, literato, editor, investigador, dramaturgo, ensayista, polemista, amigo de Pepe y Pablo Podestá, defensor de las clases populares, don Vicente se estableció en Córdoba y allí desarrolló su arrolladora actividad.

Tuvo opiniones tajantes y a veces ofensivas que se daban de trompa con las de la Academia.

Hizo mil cosas a la vez y casi todas muy bien.

Vale la pena hojear y ojear su libro “Cosas de Negros” y leer su cuento policial “La pesquisa del níquel” que gira en torno a la falsificación de monedas de 20 centavos.

Es un fantasma un poco ruidoso con cierto acento cordobés que los lunes se mete a prepo en la imprenta de El Pueblo mientras discute en voz alta con alguien que no llegamos a ver.

Los martes anda por la biblioteca del club social y sigue discutiendo, tal vez con Darío Pedrazzi.

Los miércoles le pregunta a Alfredo dónde quedaron La Voz del Sur, El Faro, Patria Nueva. Alfredo no le contesta.

Los jueves se dedica a ensalzar la memoria de Toribio enojado por el ninguneo hacia los pocos negros del pueblo y los viernes puede adivinársele tomándose una en el bar Ancapp también hoy fantasma de Adi, Pi y Seni, frente a lo de Isaú.

Nadie se asusta porque todos están acostumbrados aunque no sepan quién es y don Vicente grita sus argumentos pero queda en eso, en el uno a uno, sin involucrar a terceros.

Sábados y domingos no se le ha escuchado. Debe descansar, digo yo.

Daniel Vidart escribió:

Cosas de Negros (“Los orígenes del tango y otros aportes al folklore rioplatense”). Este Vicente Rossi, fue un espíritu madrugador, gramático heterodoxo por capricho y filólogo del criollismo por vocación, tuvo el coraje de investigar a fondo, con el consabido escándalo del ambiente intelectual, la considerada como insignificante presencia del infortunado y contento hombre negro llegado al Río de la Plata para desempeñar los miserables oficios reservados a la esclavitud.

Compartamos otro juicio.

Este, ahora inaudito y solitario Vicente Rossi, va a ser descubierto algún día, con desprestigio de nosotros sus contemporáneos y escandalizada comprobación de nuestra ceguera.

Lo escribió Borges, que de ceguera sabía y que era declarado admirador de Rossi.

Me parece que los santalucenses debemos abrir los ojos ante este fantasma inaudito.

## **Cantaletas deshonestas y otras desvergüenzas.**

---

En la sesión del 27 de enero de 1798, el Cabildo de San Juan Bautista resuelve que *ninguna persona haga fandangos sin licencia de uno de los Señores Alcaldes ni salga cantando por las calles cantaletas desonestas con guitarra desde las diez de la noche para arriba*. La hache y la be se perdieron en el barro de las calles.

Y no hay que preocuparse demasiado. Podemos hacer cantaletas deshonestas de las 10 para abajo. Y sin guitarra, a toda hora.

Es lo que tiene la letra de la ley: se hacen con ella fandangos.



## **Víctor Damiani. Ave María!**

---

Santa Lucía tiene su fantasma de la ópera.

Víctor fue el mítico barítono uruguayo que representó a Uruguay en el mundo durante muchos años.

Por jugar, veamos dónde cantó Vicente.

Plaza de Toros de Valencia, Teatro del Liceo de Barcelona, Teatro Real de Madrid, Teatro alla Scala de Milán bajo la dirección artística del maestro Arturo Toscanini, Teatro Colón de Buenos Aires, al que retornó en 23 temporadas, Teatro Reale dell'Opera de Roma, la Ópera de Chicago, Ópera de Boston, Teatro Municipal de Lima, Municipal de Santiago de Chile, Municipal de Rio, el Municipal de San Pablo, San Carlo de Nápoles ,Teatro Massimo de Palermo, Teatro Municipale de Reggio Emilia.

Al producirse la guerra del catorce, Damiani regresa de Europa y se viene a vivir con su madre en Vicente Grucci casi Rivera.

En Cerro Colorado en la estancia de Alberto Gallinal, con el último agudo del aria “Nemico della patria” de la ópera Andrea Chenier de Umberto Giordano se desplomó en el escenario, víctima de un infarto fulminante.

Poco antes de su muerte, interpreta en nuestra Iglesia el Ave María.

Hoy, en la tardecita de sábados quietos, su voz traspasa la plaza. Como todos están familiarizados con el tono vigoroso

del barítono, nadie se sorprende. Además, seamos sinceros, suele ocurrir que algunos muchachos llevan sus equipos de audio y desde los bancos de la plaza salen cumbias y cosas así.

Es entonces que don Victor se siente “nemico del non instruido”.

Y putea bajito, respetuoso.

# **Victoriano Justo Pérez. DISPAROS DE TODO TAMAÑO Y GUSTO.**

---

Es aconsejable cerrar los ojos al pasar por Rivera 373 (o 370, se me desenfoca el lente).

Podés suponer que relampaguea. Pero es el fogonazo de magnesio de don Victoriano que te puede aturdir.

No saldrás en ninguna foto. Tal vez sólo puedas notar que algo te resplandece un poquito, lo que ya es mucho.

Españolazo, Victoriano comenzó en el Hotel Oriental a trabajar en su arte. Fue testigo de la época romántica de una Santa Lucía que remedaba la Belle Epoque europea y que ya en nuestros años mozos sólo mantenía lo romántico en las novelas de Corín Tellado que leían las viejas.

Fotografió Victoriano todo lo que vivía el pueblo: las fiestas en las mansiones señoriales, el paso de las tropas blancas en 1897, los picnics de la sociedad, los casamientos, los bautismos, los gauchos a caballo a veces de señorial estirpe en el escenario armado en el fondo de su llamada Galería del Pueblo, los angelitos inmortalizados fotografiando cadáver y ataúd en otra parte del fondo.

Victoriano vio lo que fuimos. Disparó para quedarse.





# **Lucas Zoilo Saldombide. LA VUELTA OLÍMPICA EN LA PLAZA DE DEPORTES.**

---

El arco sur del Cina Cina vibró y la hinchada contuvo la puteada. El Zorro Saldombide la tomó de zurda aprovechando el rebote en el palo y corrió hacia el arco rival eludiendo a varios japoneses. No fue gol de asco.

El Cina Cina es el actual Wanderers, cuya cancha estaba donde hoy está la plaza de deportes y que Zoilo ayudó a construir.

Por eso es que nuestro fantasma no aparece en el Parque Marcelino Briano sino en la plaza de deportes los domingos de tarde cuando hay neblina.

Zoilo, un hijo de nuestro pueblo que fue Campeón Sudamericano del 26, Campeón Olímpico del 24 y Campeón Mundial del 30, sólo puede hacer una cosa: jugar al fútbol.

En tardes neblinosas de domingo, he visto a más de uno driblear en la plaza de deportes una presencia invisible y caer como fulminado por una certera patada en los tobillos.



## **PASO DEL SOLDADO. Por donde para los distráidos, el pueblo oriental parece irse.**

---

El puente es nuevo. La ruta y el enclave no.

Se lo ha denominado: Ruta del Exodo-Paso del Soldado.

En octubre de aquel 1811, por aquí pasó un pueblo siguiendo a su líder, en lo que se ha denominado La Redota, que en realidad fue el triunfo de una forma de ser.

Si uno se atreve a vagabundear por los parajes escondidos del prado, sentirá la convicción de un pueblo orgulloso, el pueblo del huesito gustador como alguna vez nos relató Nacho Suárez.

¿Sabe el lector a qué nos referimos?

En aquella caravana de empecinada fidelidad a don José no abundaba el alimento. El hueso atado a una cuerda iba de olla en olla para darle sabor a la supuesta sopa.

Cierto o no, así somos. O así fuimos, que no es lo mismo.

Nuestro prócer recorrió nuestro territorio y nuestro Cabildo fue sede artiguista, lo que ha reconocido el propio Cuerpo de Blandengues.

Sumemos el huesito gustador a la figura señera de don José y tendremos una perfecta síntesis de la particular idiosincrasia de austeridad y humildad que supimos tener en esta querida ciudad, lo que algunos todavía, trasladándolo a más territorio, llamamos orientalidad y que aprendimos en la vieja y querida escuela pública.

Artigas nos mira no sólo desde la plaza.

Nunca será fantasma.

## **Una multitud se viene en tonó.**

---

Toma una copa de Acquasana por puro hábito. Sabe que no puede contenerla y se le derrama por toda su vacía estructura. Se empapa y putea.

Acquasana era un agua mineral de bien ganada fama que se vendía embotellada en las farmacias de Montevideo pero podía beberse desde su fuente en la orilla del río, allí entre lo que hoy es la cancha del Güander y la pasarela. A veces pueden escucharse los sorbos de los viejos paseantes y, como les contaba, su indignación por la incontinencia.

Las familias montevidéanas llegaban de visita a las casa-quintas de Capurro, Magariños, Chucarro, Clerk, Zavala, muchas en sus sulkis, volantas, tonós, que uno aprende palabras nuevas en estas páginas.

A la vera del río, el Acquasana todavía intenta fluir.

Insípida, incolora, inolora.

Como un fantasma que se precie.



## El Oguiental.

---

El francés José Buschental aparece los domingos a las 11 frente al viejo Hotel Biltmore.

Con el oído afinado y tanta buena voluntad como credulidad, podemos escucharlo contar su historia.

*José Ellaugui me convence en Paguís de invertir en Uguguay. El Pgado y el Hotel Oguiental de Montevideo son mis pgimegas obgas.*

*Visito estas tiegas de Santa Lucía, me enamogo de su belleza natugal y convenzo a invegsionistas de levantag el pgimeg hotel de veganeo y tugismo del integriog uguguayo: el Oguiental de Santa Lucía. Admito no habeg sido ogiginal con el nombge.*

*No llego a veglo edificado: me muego en 1870 en Londges. Puta madge.*





## Un hotel tamaño de grande.

---

¿Un Hotel que habla? ¿Un Hotel fantasma?

Sí, ambas cosas. Aguzando el oído se lo escucha vanagloriarse de sus habitaciones con estufas inglesas de hierro revestidas de mármol de Carrara.

Y susurra, orgulloso: Buschental no se anduvo con chiquitas.

En mi inmensa cochera todavía duermen las diligencias en las cuales los visitantes salían de Montevideo en la temprana madrugada para llegar al mediodía a alojarse y almorzar fastuosamente en uno de mis dos comedores.

A mi patio, enlozado por piedras de Hamburgo, lo bordeaba un amplio parral.

A ese parral se refiere uno de mis ilustres huéspedes, don Domingo Faustino Sarmiento que algunos madrugadores lo ven todavía hoy, dándole bastonazos a cuanto inculto se le presenta.

*“A las niñas jóvenes de Buenos Aires, huyendo del mal de la tierra le daríamos un curso de treinta lecciones alternadas entre Los Pocitos y Santa Lucía... camino a ésta todas las bellezas de natura con muchas de arte y los chateaux de poetas y propietarios y en el Hotel Oriental además de todas las comodidades un departamento que se llama de la novia con muebles y amueblado que no a todos ni en todas ocasiones interesa, pero que les hará “extremecerse” de dicha y codicia, el saber que por delante se extiende un patio con mil*

*varas cuadradas de uvas que cuelgan en racimos , tamañas de grandes, blancas, amarillas, negras, rosadas y aún verdes que una señorita cordobesa reconoció por uvas chasselas... Por conclusión del cuento, quedan contra todos cuatro mil racimos para ser comidos desde el 20 de marzo adelante por las niñas y caballeros de Buenos Aires que vayan a Santa Lucía”.*

Calla el Oriental.

Y sigo yo.

El Presidente Sarmiento, pura civilización, que alguna vez dijo que don José Artigas era el patriarca del degüello y la barbarie, también supo degustar con aquellos visitantes glamorosos de galera, bastón, abanico y vestidos vaporosos, alguna uva chinche, que cualquiera se confunde.

Don José tiene unas ganas bárbaras de bajarse del monumento y correr el fantasma de Sarmiento a las puteadas.

## Mensajes al vuelo.

---

Quienes se habían alojado en el hotel eran fidelizados (ya en aquel entonces el marketing dirigía el mundo) por un sistema infalible: palomas mensajeras.

Me han dicho que algunos domingos se escucha su vuelo y su zureo.

Justo el domingo pasado, paseando por la ancha vereda frente al hotel, sentí el revoloteo de una paloma. La supuse blanca, la supuse etérea, llevando un eterno mensaje a quien quisiera adivinarla.

Paloma fantasma no era porque me cagó encima, ¿podés creer?

La realidad puede ser muy cruel.



## El cajón del abuelo.

---

Su voz profunda y lenta, sus manos rugosas, sus silencios aun cuando hablara, un pastorcito que leía libros de alquimia, una doncella triste que bailaba y lloraba y lloraba, brujas revolviendo un caldero con mandrágora y escuerzos, monstruos que eran amigos míos, el mundo de fantasía de mi infancia era distinto a lo que otros niños conocían y recuerdo que algunos se asustaban cuando quería contarles. Cuando volvía llorando de la Escuela, mi abuelo me abrazaba en silencio.

Necesariamente era invierno y había olor a lana de oveja, a pan tostado en la estufa a leña, a café con leche y una luz que nunca supe de dónde venía.

El abuelo nunca me dejó mirar adentro del pesado cajón, donde yo sospechaba que guardaba todos los cuentos.

Un día me dio la única llave y me dijo que sólo yo debía conservarla. Y agregó: “ten mucho cuidado”. Yo tenía diez años.

La vida me hizo regresar cuarenta años después sin haber visto más al abuelo. No puedo deshacer el nudo de mi garganta.

Entro en el galpón con un temor que me toma de sorpresa. ¿Cómo el abuelo puede no estar estando?

El gran cajón de madera con tapa y asas de hierro está allí, separado de todo. La madera tiene los grabados que siempre siguieron dibujándose en mi cabeza y que nunca pude interpretar.

Muy nervioso, saco la llave de mi bolsillo. Hay en el ambiente algo parecido a una nube de polvo.

Abro la tapa.

## **Fantasmagorías.**

---

“Un niño ve en la oscuridad una espantosa sábana en la soga de colgar la ropa, desde luego se aterroriza. El padre lo acompaña hasta el fondo y ahí el niño se calma al ver que se trataba de un simple fantasma”. Alejandro Dolina.

“Una sombra sin metáforas, vacía de imágenes, una sombra que sólo era una sombra y con eso tenía suficiente”. Roberto Bolaño.

Hay momentos en los cuales te invade una melancolía sorda. Es que están ahí, contigo. Son ellas y ellos, los que han sido parte de tu vida y han sucumbido a esa maldita injusticia de la vida: la muerte. Es el humor lo que hace soportable la nostalgia.

¿Soy un espíritu? No, os equivocáis. Un espíritu no soy, sino una simple idea (...) Yo existo con muchas limitaciones. Haruki Murakami (La muerte del comendador).

Los fantasmas anónimos son esos que han construido la particular idiosincrasia del pueblo. Se reúnen en viejos boliches, cantan canciones de la Oxford o de la Troupe Ateniense y se maman hasta las manos aunque sólo los suspicaces se enteren.

Vivo en conversación con los difuntos y escucho con los ojos de los muertos, confesaba Francisco de Quevedo y Villegas, ávido lector.

Decía el médico poeta Baldomero Fernández que a la madrugada los cajones de basura están llenos de fantasmas doblados y marchitos. Pero esos no son fantasmas, maestro Fernández. Son apenas la vestimenta de una noche de espíritus en desenfrenada francachela pero cuidadosos del qué dirán. Sábana con manchas de vino refleja siempre algún desorden.

Cada vez que miraba aquel espejo, lo veía reflejado.  
Siempre me resultó vagamente conocido.

La miró donde debía estar y le dijo, colérico:  
- Nunca estás donde debés. Sos una fantasma.

Pasó el Divino Roque apurado hacia el río. Seguramente había apariciones.



Cuando nuestros fantasmas somos nosotros, todo se vuelve muy incómodo.

En día muy frío te delata el aliento.

Hay una pregunta cuya respuesta no estoy seguro de querer oír: ¿hay alguien ahí adentro?

Don Santos Rabaquino aplaude, Olga Alcalde se saca sus enormes lentes, enjuga una lágrima y también aplaude. El Avaro de Moliere abre un mundo mágico. En la vereda del viejo liceo aún se escuchan viejas voces intentando “corregir las costumbres riendo” según pretendía Molière y, claro está, fracasando.

Todo es demasiado frágil y casi inútil. A veces uno siente que arremete contra pompas de jabón.

Somos nosotros quienes asustamos a los fantasmas: más pavoroso que el fantasma sos vos mismo aterrorizado al verlo.

Es una fantasma hermosa. Cuando pasa hacia el río, tres ojos se clavan en ella. Acechan tras los sauces el Divino Roque y el tuerto Salaberry. No quieren ni pueden hacerle daño.

No te asustes pero pueden rodearte. Sentirás que se te estrangula la garganta y no sabrás si son ellos o sos vos.

El Bolita Reyes vendía lo que podríamos llamar poesía. En otoño, cuando vuelan hojas y tierrita, vuelan sus versos. Es imposible agarrarlos.

“Estoy solo y no hay nadie en el espejo” decía Borges viendo lo que pocos ven.

El fantasma más tonto es el fantasma vanidoso. Formaron legión en vida pero por suerte luego van languideciendo porque no soportan la indiferencia de los demás, sabios habitantes de un mundo ideal de humilde y fraterna igualdad.

Es la incertidumbre lo que le encanta a uno. Todo se hace maravilloso en la bruma, aclaraba Dostoievski.

Y uno será fantasma. Pero amigable. Se reunirá con sus amigos de la infancia, que son los que visten el mismo tipo de sábanas adquiridas en la tienda de Umpiérrez y seguramente, muerto de risa, asustará un poco a alguna vieja fundamentalista.

Los árabes dicen que el hombre no puede saltar fuera de su sombra. Lo que aterriza o divierte un poco es que la sombra pueda saltar fuera del hombre.

Como decía el genio de Saki, hay quienes mejorarían con la muerte.

La melancolía de una foto en sepia contiene siempre la perturbadora sonrisa de los muertos.

No aprendemos más: muchos morimos como llegamos.

Si hoy en día todos los trenes son fantasmas, ¿qué necesidad la de ir hasta el Parque Rodó y ponerse en gastos?

En estos tiempos utilitarios, el fantasma está devaluado. He oído alentarse unos a otros en la niebla de la Calle Ancha con la exclamación “¡ánimo, ánimo!” en el enternecedor intento de ser tomados en serio.

Los muertos no mueren, ha dicho alguien. De cuerpo puede ser, pero de alma algunos se han muerto más que otros, se han muerto para siempre. Otros no, siguen vivos en los demás. Y hay quienes mejoran con la muerte (qué sponsor es la muerte decía el Corto Buscaglia). Incluso hay quienes viven muertos y nadie se los ha dicho. Hay de todo en la viña del señor. Y en el cementerio ni te cuento.

Las noticias de mi muerte son un poco exageradas se carcajeaba Mark Twain.

Tal vez lo que cause más espanto es cuando nosotros, escondidos tras nosotros, aparecemos sin aviso.

Me miró fijo desde sus cuencas vacías y me dijo: “si nadie puede remediar que todo sea tan injusto, trata al menos de que sea lógico”. Y desapareció.

Los irlandeses bien intencionados, que de ésto saben, te desean que puedas pasar media hora en el cielo antes que el diablo sepa que has muerto.

Hoy descubrí la palabra estantigua. Estoy entrando en terreno fangoso y me retiro a paso gimnástico, aunque patinando en el barro una y otra vez.

En pueblos de río como el nuestro, la humedad hace que sea común la disfonía del fantasma. Les sale un bu apagado que no convence a nadie. Un ex director de Turismo –hoy un ex ser vivo– me dijo en un susurro: “así no convencemo’a nadie”.

No parece justo. Muchos brillan por su ausencia.

A algunos les seduce la melancolía de lo que fue, aunque nunca haya sido. A otros les basta con lo que es, aunque nunca lo sea. Es un mundo raro.

Bisbiseos, vibraciones, susurros, voces quedas. Y de golpe, una plena a todo volumen. Este pueblo ya no es lo que era, me cach’ en dié.

No todos nuestros fantasmas pueden mirarse al espejo sin arrepentirse. Nosotros, que no los vemos pero los intuimos y sabemos que fueron asesinos, sádicos, traidores, delatores, disimulamos piadosamente. Nos enseñaron de chicos que a los muertos hay que respetarlos. No fue una buena lección.

Brilla el sol y no puedo despejar la niebla.

*NOS UNE EL AMOR, NO EL ESPANTO.*

*Hay que aprender a volar  
Inventarse las alas  
Hay que sentir las fragancias  
de las flores frescas y de las flores muertas  
Hay que dejarse acariciar por la brisa  
aunque no haya brisa  
Hay que conocer el territorio  
sin que importe andar a ciegas  
Hay que leer los prólogos  
aunque no haya nada después  
Hay que conmovirse con las voces  
Las que hablan en silencio  
En mi pueblo hay brillos inexplicables  
en rincones inexplicables.  
Hay rumores y sombras amigables  
Miriñaques en la neblina  
Damas altivas, caballeros graves  
Cópulas en las casaquintas  
Ensueños agudos, hechizos inofensivos  
Y una enceguecedora lluvia de estrellas  
de golpe, a la vuelta de la esquina.*

## **Cierreailable.**

---

En el Biltmore don Pepe Monzeglio toca el piano. Bajo la pérgola del hotel y en el parque se bailan tangos rantifusos.

Aquellos que son vistos bailando son locos para quienes no pueden oír la música, decía Nietzsche.

Usted baile, querido lector, baile en esta noche de máscaras y espectros.

Más locos serán ellos.

Diseño y armado de Aldo Podestá  
Carátula diseñada por A. Podestá a partir de dibujo de Jaime Clara

Impreso y encuadernado por TuttiPrint  
Depósito legal: 000.000

© agosto de 2022